

BOLSILIBROS
ASA

TERROR

¡ALERTA: TERROR!



J. Tell

TERROR 6



© J. TELL

Derechos reservados por:

EDITORIAL ANDINA, S. A.

Polígono Industrial de Pinto

PINTO (Madrid)

Director responsable:

Gregorio Ovejero

Publicación semanal

Aparece los viernes

I. S. B. N. 840600262X

Depósito legal: M. 20.072 1976

Printed in Spain

LITOPRINT, S. A.

Villafranca del Bierzo, 32

Fuenlabrada (MADRID)

TERROR

¡ALERTA: TERROR!

J. Tell

**E
d**

**EDITORIAL
ANDINA, S.A.**

Todas las situaciones, personajes y entidades de esta novela son producto exclusivo de la fantasía del autor, por lo que cualquier semejanza con hechos actuales o pasados será mera coincidencia.

El mensaje captado por los radiotelescopios de la Tierra provenía de la expedición científica que hacía un par de años había partido hacia el sistema de Maxol, en la galaxia 31, a bordo de la nave “Perforador Cero”.

“Perforador Cero” llama a control Tierra. Si nos pueden oír, tomen nota porque se trata de algo muy importante. Cambio.

“Control Tierra a nave “Perforador Cero”. Recibida llamada. Hablen. Cambio”.

“Misión en parte cumplida. Seres racionales en Afrod, del sistema de Maxol. Haremos un informe completo sobre su clase de vida y la de otros seres en una escala mental inferior. Pero lo importante es la comprobación existencia de la Gran Bestia, del genio de los pantanos...”

“Tierra a nave “Perforador Cero”. Por favor, repita. ¿Han dicho Gran Bestia y genio de los pantanos?”.

“¡Sí, sí! Un monstruo descomunal, del tamaño casi de una cordillera como el Himalaya. Vive sumergido en un pantano, alimentándose de plantas y animales. Y es racional, o sea que puede pensar... Se nota su presencia antes de aparecer, porque en la atmósfera se destacan concentraciones tóxicas y descargas eléctricas que la vuelven irrespirable incluso para los seres acostumbrados a moverse en ella... Y paraliza las mentes, las conecta de algún modo con su “cerebro” e introduce en los pensamientos normales espantosas visiones, escenas que jamás la razón humana sospecha siquiera que pueden existir muchos más... Incluso mundos completos que sean monstruos...”.

Allí terminaba el mensaje. Bruscamente. Como si algo inesperado hubiera sucedido y estropeado el aparato de transmisión de la nave. Y ya no hubo forma de entrar en contacto con los expedicionarios. A todas las llamadas desde Tierra solo el silencio. El silencio aterrador de las estrellas. O mejor que su silencio, el indescifrable conglomerado de señales provenientes del infinito galáctico.

Pero el aviso estaba claro. Monstruos inteligentes en mundos desconocidos. Que podían haber sido alertados sobre la existencia en otro planeta de seres inferiores, fácil presa para sus apetitos de bestias impuras.

Todos los aparatos, los ingenios más perfeccionados de escucha y los medios de defensa se pusieron en estado de vigilancia. El error podía llegar del Más Allá estelar, del negro Universo taladrado de puntos brillantes, del

Cosmos con sus “quasars”, “pulsars” y agujeros negros. Y millones de mundos habitados como la Tierra.

Y ahora, también por espantosos seres demoniacos, resultado de las extrañas combinaciones en el Gran Laboratorio.

CAPÍTULO 1

FUE Hipox quien grito, tras un rato de mirar por el perigalaxcopio:

—Vamos a entrar en la zona de atracción de Maxol. Es fantástico, pero hemos saltado de una galaxia, la nuestra, a la G.31, en menos de...

Súbitamente todos se dieron cuenta de que se había producido el pase de un espacio y un tiempo a otro. Algo parecido a cruzar el azogue de un espejo y hallarse del lado opuesto. Se habían cumplido así las predicciones y los cálculos del equipo de Vanglan: “El espacio y el tiempo se originan por intercomunicación y lo máximo se continúa por lo mínimo sin solución de continuidad”.

La nave “Perforador Cero” había logrado alcanzar el límite de velocidad de la energía (Luz) y había traspasado a una dimensión distinta.

Era igual que si el vehículo hubiera crecido prodigiosamente y el espacio achicado a su alrededor.

—Es verdad —afirmó Vanglan—. Estamos dentro del sistema Maxol. Pero hasta colocarnos en órbita alrededor del planeta Afrod tardaremos unos meses.

Todos conocían la irrefrenable tendencia del profesor a comportarse en cualquier circunstancia como tal. Pese a que su edad difería en poco de la de sus compañeros, causaba siempre la impresión de esa “madurez de la sabiduría” y, por otra parte, la de una ingenuidad, casi infantilismo.

—Confieso que sigo sin entenderlo, Vanglan —manifestó su asombro, con un guiño a los otros, el pelirrojo Larkin—. ¿Cómo es posible que para salvar una distancia tan enorme como la existente entre dos galaxias hayamos tardado solo unos días y ahora, ya dentro del sistema de Maxol, necesitemos meses para llegar al planeta Afrod?

—Sin embargo, es fácil la comprensión del fenómeno —El profesor carraspeó—. Imaginemos la relación de un virus, solo perceptible mediante el microscopio electrónico, con el espacio normal en que nos movemos. Para esa partícula infinitesimal son magnitudes comparadas a los años luz

las que nos separan; mas para nosotros no cuentan tales distancias y podemos entrar en su dimensión sin transición aparente. Mas ¿cómo hacerlo al contrario? Pues, porque ese microbio teóricamente puede “estirarse”, crecer justo por medio del límite energético y espacial y ocupar nuestra posición sin en realidad haber salido de la suya.

La clara, doctoral exposición, tuvo la virtud de sumir en un profundo silencio a los viajeros. La verdad era que, incluyendo al propio Vanglan, aceptaban intelectualmente la explicación, pero sus naturalezas se resistían al cambio operado.

Hipox y Ulma, ocupados en el control del Atomar, lo comentaron en voz baja.

—Por mucho que lo estemos comprobando, para mí es como un juego de ilusionismo.

—Pero la verdad, Hipox, es que constantemente se realizan en nuestro espacio normal trucos por el estilo.

—¿A qué te refieres?

—Pues a que nuestros sentidos, por ejemplo la vista, posee un alcance determinado que limita ese espacio normal. Pero basta que nos asomemos a un telescopio para que se amplíe prodigiosamente... y en el transcurso de una décima de segundo. Y eso es una nueva dimensión.

—Es cierto.

El bronceado, atlético sirio contempló con una sonrisa a su compañera. Le causaba una sensación placentera aquella asociación de belleza e inteligencia, de segura y tierna eficacia. Le constaba que era una experta en geología, pero inevitablemente trataba a sus “aparatos” como a pequeños desvalidos.

El programa se cumplía en todos sus puntos. Rebasaron las órbitas de los planetas 10.^o al 6.^o que se correspondían, más o menos, con los de Plutón, Neptuno, Urano, Saturno, Júpiter, hasta Afrod, meta del viaje.

—Pronto chocaremos con la atmósfera de Afrod —recordó Vanglan—. Os prevengo que su composición es distinta a la terrestre. Ya sabéis que se ha detectado, además del oxígeno y nitrógeno y una gran proporción de gas carbónico, un elemento químico extraño que hemos denominado “afrodisisina” y que parece ser proviene de ciertas plantas. En realidad, esa sustancia, cuyos efectos tan solo podemos conjeturar por su parecido con algunas de la tierra, como la Datisca Cannabina, es lo que nos ha obligado a llamar al planeta de ese modo.

Todos estaban al tanto de la existencia de aquel raro elemento químico que se extendía más allá de lo que en la Tierra constituía la troposfera y alcanzaba, aunque muy debilitada, a las altas capas donde el enrarecimiento del aire era máximo.

De momento y cuando ya iniciaban el cruce de tal zona, los tripulantes de “Perforador Cero” solo experimentaron un ligero aumento de su ritmo

cardíaco y como una suave excitación. Mas pronto el desasosiego se acentuó y comenzaron a sentir una indudable congestión de ciertas partes de sus cuerpos, a la vez que una fuerte inclinación a fijarse en sus compañeros del sexo opuesto.

Antes de emprender aquel viaje los participantes en el mismo se habían repartido por parejas, con arreglo a una selección natural, según sus gustos, sus aficiones, y hasta por determinadas características físicas.

De repente, semejante orden se trastocó. La geóloga Ulma se apartó de Hipox y se aproximó al azteca Rengo. Este, de estatura media, fornido, musculoso, de pelo y ojos negros, la acogió con entusiasmo. Con demasiado entusiasmo, ya que la enlazó por el talle y la apretó contra sí. Eso mismo hizo Gropius, el gigantesco sueco, con la esbelta, cimbreante Tayra, siamesa. Y Maggae con Hipox.

Y la negra Okala, una galia de fino perfil y maravillosa arquitectura, se juntó con ímpetu de limadura de hierro a un imán con el pelirrojo Larkin. Y la húngara Landa con Brody, el canadiense. Pero lo que nadie podía imaginar era que Colla, la extraordinaria y enigmática belleza chilena, descendiente de Caupolicán, buscara la compañía del jefe del grupo, Vanglan.

Lo que siguió fue como una extraña locura, como si les hubiese acometido un furor amoroso que abatiera todas las barreras, todas las convenciones. Las manos recorrían ávidas los cuerpos, los labios se apretaban y succionaban, saltaban los broches y botones y la carne se ofrendaba ultrasensible, con ramalazos de intenso, inaudito placer, que hacía rechinar los dientes y casi desvanecerse.

Ellas y ellos se despojaron de sus especiales vestiduras y lucieron la graciosa armonía de sus líneas. Sin ningún freno, indiferentes a todo sentimiento de vergüenza, se unieron en las más variadas formas, agotándose en una refriega, en una lucha donde la víctima era al mismo tiempo vencedora. Por espacio de casi una hora solo se escuchó en el interior de la nave suspiros, jadeos, risitas entrecortadas y los chasquidos de los besos, de los frotos epidérmicos y de las inserciones poderosas que justificaban el nombre del vehículo espacial.

Poco a poco se fueron recuperando, reconociéndose, aunque sin abandonarles del todo el supremo gusto, la fruición de sus articulaciones y el sabor agridulce en las encías y en las ingles. Un rubor intenso les sobrecogió; se vistieron con rapidez y se refugiaron cada uno en un rincón.

Pero luego fueron mirándose, examinándose y terminaron por echarse a reír. Vanglan, con su tono profesoral, no obstante haber sido sacudido por la misma ola erótica, comentó:

—Supongo que esto se lo debemos al famoso elemento químico desconocido, la “afrodisina”. En mi opinión, lo más conveniente es que asumamos la responsabilidad de nuestros actos sin falsos prejuicios que

aquí resultarían ridículos. Podemos agradecerle, además, que nos ha revelado cuáles eran nuestras auténticas predilecciones... en la raíz de nuestros instintos.

Como siempre había definido la embarazosa situación con exactitud y claridad. Les ayudó a encajar el extraordinario acontecimiento el hecho de que decididamente se encontraban a punto de atravesar la tropopausa o límite del espacio atmosférico, una zona similar a la de la Tierra a la que Afrod se equiparaba en tamaño, peso, densidad, etc., si bien cubriendo un área mayor, o sea casi el doble de altura.

Sin embargo, había algo en que no coincidían ambos astros y era en el período de rotación, que en Afrod era de unas treinta horas. Y la causa obedecía a que Afrod contaba no con un satélite como la Luna, sino con uno de la mitad de su propio tamaño, al doble de distancia y que servía de freno retardatorio por su influencia gravitatoria.

Eroth, el satélite o planeta gemelo, situaba de tal manera su órbita en relación con la de Afrod, que aparecía siempre como un sol de medianoche, sin que llegara a ocultarse salvo en una porción equivalente a un octavo de su circunferencia. Y, aparte de reflejar la luz del gran centro del sistema, Maxol, emitía calor y luz propia, lo que incluso le confería un resplandor superior al del astro principal.

Por efecto de la excentricidad de su órbita en conjunción con la de Afrod y Maxol los fenómenos de atracción y, como consecuencia, de mareas en los mares espesos de su protoplaneta eran apenas perceptibles. De igual modo la formación de vientos y nubes se sometía a unos ciclos totalmente regulares, sin las grandes descompensaciones térmicas de la Tierra.

Aunque persistía en los tripulantes la comenazón, la irritación de sus partes más sensibles, hasta llegar a hacerse en algunos momentos realmente insufrible, lograron dominarse y acostumbrarse en cierto modo al estado aquel de sus nervios, en tanto que la nave tomaba contacto con la superficie de Afrod.

Dirigieron el aparato hacia la gran cordillera multicolor que seguía el trazo del meridiano que podía tomarse como divisoria del planeta en dos mitades perfectas, considerando su forma ligeramente oval. Y el punto elegido para posarse “Perforador Cero” fue la pista de un gran cono truncado, quizá el único utilizable para ello. Pues se rodeaba del paisaje más increíble y monstruosamente erizado de picos, de crestas afiladas, de farallones inmensos y precipicios insondables, que se hundían en una neblina, repartida a un nivel igual por todos los valles y llanuras.

Las paredes de las montañas, ahora que ya estaban en ellas y se habían abierto las pantallas laterales del vehículo, refugian de un modo extraño bajo la luz cenital de Eroth que destacaba como un colosal cuajaron de intenso anaranjado.

Todo aquel conglomerado rocoso recordaba un fantástico montaje de joyería, una corona engarzada de millones de piedras preciosas.

—Jamás había visto un espectáculo tan impresionante. Es como un sueño —musitó Landa.

—Así. Pero aunque no nos parezca real, lo es. Incluso los sueños, puesto que se nutren de recuerdos, son reales. Y esto es como un recuerdo al que hemos arribado a través del tiempo y del espacio.

Durante varios minutos permanecieron absortos en la visión de aquella luminiscencia cromática, cambiante, con una especie de vida latente, la vital de un inconmensurable dragón imbricado de capas metálicas y de gemas destellantes.

—Está bien —decidió Vanglan—. Necesitamos salir de la nave y tratar de localizar a quienes transmitieron esas llamadas de socorro. Sabemos que, poco más o menos, era de esta parte de donde procedían.

—¿Y cómo es posible vivir aquí, en un lugar tan inaccesible? No se distinguen espacios ni caminos... —planteó Hipox.

—Recordar que este es un mundo totalmente nuevo para nosotros. Y que nuestra misión es no solamente atender a esa petición de ayuda —teniendo en cuenta que le hemos dado tal interpretación—, sino investigar y estudiar las posibilidades de vida en este planeta.

Hicieron los preparativos para salir. Pero antes tomaron unas muestras del aire exterior y las analizaron. La composición era apropiada, aparte de la presencia de aquel elemento, la “afrodisina”, cuyos efectos ya conocían y que, además, tendría una carga radiactiva ya que había logrado traspasar la estructura herméticamente cerrada de la cápsula.

—No nos harán falta las escafandras —indicó Hipox, cuya especialidad era la química—. Y por lo que respecta a la “afrodisina” no creo que sea más intenso su efecto al respirarla que el que hemos soportado.

—¿No...?

Landa se ruborizó. Hipox sonrió comprensivamente.

—Espero que no. Por lo menos en estas alturas. Lo que ya no te puedo decir es lo que ocurrirá cuando descendamos a los valles.

Por fin decidieron salir. Y experimentaron una sensación rara, la de vivir un fabuloso sueño real, como si la pesadilla fuera todo lo anterior y hubieran despertado en aquel otro mundo, tan distinto del que acababan de abandonar, y donde, aparte del espectáculo, sus naturalezas habíanse transformado hasta el punto de que tenían la impresión de estar drogados.

Pero como había indicado Hipox, el aire que respiraban era similar al de los picos más altos de la Tierra. Desde los bordes de aquella plataforma contemplaron el maravilloso escenario, con las montañas relumbrantes, incrustadas de millones de topacios, esmeraldas, rubíes... o, por lo menos, concreciones rocosas que adoptaban ese aspecto.

El jefe de la expedición, superado el impacto primero, enfocó los

potentes anteojos hacia los muros de que estaban rodeados. Y pudo detectar unas grietas, semejantes a entradas de cavernas, aunque disimuladas tras salientes o láminas de piedra superpuestas.

—Esos parapetos —anunció Vanglan que se los señaló a sus compañeros para que tomaran nota de ellos— ocultan entradas al interior de las montañas. Pero es extraño que no presenten huellas de ser utilizadas.

—Es verdad —reconoció Larkin—. Pero no es menos cierto que si alguien las utilizara tendría que poseer unas condiciones muy especiales; vamos, cuando menos tener alas como nuestras aves. ¡Porque dan todas al vacío!

La observación del pelirrojo Larkin los sumió de nuevo en un reflexivo silencio. Iba ya Vanglan a ilustrarles con una de sus lecciones cuando se produjo el fenómeno musical que había sido el motivo de que estuvieran ahora allí.

Solo que los delicadísimos sonidos recogidos en los sensibles radiotelescopios terrestres, aquel extraordinario concierto al que se le dio el valor de un S.O.S., era ahora un imponente retemblar de todo el conjunto montuoso, convertida cada prolongación o torre pétrea en un tubo de órgano o instrumento, y como si la pedrería que las adornaba representara las notas en un pentagrama inmenso, natural, que componían para los oídos de los expedicionarios una sinfonía jamás escuchada.

Y era tal como si se hallaran en el vórtice de una tromba sonora, o en medio de una orquesta de colosales trompetas, timbales, violines, hasta simples crótalos tocados por invisibles gigantes.

Las ondas, las vibraciones de aquellas voces de las profundidades los atravesaban, los envolvían y arrastraban con la sensación de ser lanzados en un torbellino al abismo.

Y tan súbitamente como había empezado, cesó.

CAPÍTULO 2

TARDARON en recobrase. Habían quedado temblorosos y como sordos.

—¡Muérdago podrido! —exclamó Rengo que ejercía de físico especializado en electrónica—. ¿No será todo un efecto natural producido por alguna rara propiedad de estas rocas tan extrañas y el viento que sopla a su través?

—Pues no —le replicó Colla, experta en radiocomunicación—. Aunque el estruendo no nos lo haya dejado percibir con claridad, se trata de la misma sucesión de acordes captados en la tierra. Y ya se comprobó allí que no podía ser un fenómeno natural, sino producto de un acto intencionado.

—O sea que dentro de ahí debe de haber...

—Alguien o “algo” capaz de generar esa música. Y de obligar a que la ejecuten estas montañas. La explicación de por qué ha de ser una “partitura” y no una casualidad, un mero accidente fortuito, es muy simple; hay una serie de modulaciones que forman a su vez unas cadencias y estas combinaciones se dan en conjuntos distintos alternantes, con variaciones cada número de períodos. Al reproducirlas se aprecia de inmediato que responden a una lógica, y que las agrupaciones de notas tienen el valor de palabras, si se puede emplear ese término, por lo menos, de claves perfectamente calculadas. Y eso porque esas agrupaciones se reparten de un modo discontinuo pero en combinación con otras de igual forma que en una lengua cualquiera. Y porque, por otra parte, se repiten a lo largo de todo el mensaje.

Aunque casi todos conocían ya aquello, la disertación de la chilena se lo actualizó y los colocó frente al enigma aunque sin disiparles todas las dudas.

Vanglan resolvió entonces:

—Utilizaremos “libélulas” para descender a esas grietas o entradas, si lo son. Y así nos enteraremos de lo que verdaderamente exista allí dentro.

Todos tenían adosados a sus espaldas unos aparatos que movían unas

paletas —dos a cada lado— con un ritmo igual al funcionamiento de las alas de los “caballitos del diablo” y que, también en forma similar, les prestaban una maniobrabilidad extraordinaria, por lo que no existía ningún sitio inaccesible para ellos.

El motor se alimentaba con una pila atómica de duración ilimitada y que servía, además, para la regulación térmica del cuerpo embutido en un traje apropiado y para los reflectores y los láseres de múltiples aplicaciones, armas incluidas.

En formación lineal emprendieron el vuelo, tras asegurar a la nave contra cualquier riesgo, sujetándola mediante unos crampones magnéticos a la plataforma y aislándola con un campo antimateria capaz de rechazar y deshacer a cualquier ser o cosa que se le aproximara a menos de diez pasos, de lo que avisaban unos intermitentes luminosos con la señal de peligro en toda clase de idiomas y signos.

Al llegar a la abertura elegida se reveló como mucho más amplia, tras la falsa pared o burladero. Vanglan fue el primero en cruzarla y adentrarse en la negra cavidad. Y pulsó el interruptor que hacía funcionar el proyector frontal, un rayo potente que disolvió las sombras en una gran extensión por delante, aunque solo se ofreció a la visita un suelo llano, pulimentado y resbaladizo y los muros a derecha e izquierda de igual constitución, pero sin alcanzar el techo ni el fondo de la caverna.

Fueron reuniéndose los compañeros. Y apenas contuvieron sus manifestaciones de admiración, al comprobar que en el interior se producía el montaje “orfebrerístico” de fuera, o sea aquel fabuloso muestrario de piedras preciosas.

—Si son lo que parece —expresó su pensamiento Hipox—, se trata del tesoro más fabuloso que se pueda soñar.

—Quizá no tanto —replicó enseguida Ulma—. Si valen tanto en la tierra es por su escasez. Aquí son como las piedras corrientes.

—¿Y por qué las habrá en tanta profusión?

—Por lo que yo puedo reconocer, así externamente, estas montañas son esencialmente cuarzo de origen petrogenético, pero emocionado del interior del planeta por una presión fantástica, lo que proporciona todas estas concreciones y formaciones cristalinas. Y también los carbonos en forma de diamantes.

—Pues yo insisto en que esto colmaría las ambiciones de los “nababs” de allí abajo.

El reflejo del mundo que habían abandonado, del que les separaba un salto de seis años luz, se mantenía en sus mentes. Se daban cuenta de que en aquel desconcertante y nuevo —según su concepción— planeta y en el supuesto de que lo habitasen seres inteligentes, los términos “tesoro” y “valor material” tal vez no coincidiesen con los desarrollados en la sociedad humana.

—Escuchad —la voz de Vanglan revelaba cierta preocupación—. Me parece lo mejor que nos dividamos. Un grupo deberá quedarse junto a la nave y solo unos cuantos explorar este mundo subterráneo; no sabemos la sorpresa que nos pueda reservar.

—¿Piensas que haya peligro?

—No lo sé. Yo soy optimista respecto de la naturaleza de los posibles seres inteligentes de este mundo. Pero quizá, aún sin proponérselo, su forma de vida o el medio en que se desenvuelvan puedan resultar hostiles o peligrosos para nosotros.

—Designa tú a los componentes de cada facción —propuso Ulma.

—Creo que los que vayan a penetrar en estas profundidades deben poseer conocimientos técnicos y científicos. Por supuesto, que todos estamos en esas condiciones, solo que algunos por sus especialidades son más apropiados. Tú, Ulma, eres geóloga; Hipox, químico; Okala, bióloga. Un antropólogo, Larkin y un médico, Tayra. Y yo que, además de experto en física atómica, encabezo la expedición.

Nadie objetó su decisión. Y regresaron junto al vehículo espacial Brody, director del vuelo y especialista en astronáutica; Maggae, en ordenadores y computadoras; Gropius, en medicina espacial; Colla, en radiocomunicación; Landa, en ingeniería espacial y Rengo, físico.

Por supuesto que ellos hubieran conformado un equipo tan perfecto como el elegido, pues eran igualmente científicos, duchos en casi todas las materias. De todas formas, la verdadera tripulación la componían Brody, Maggae, Colla y Landa y era lógico que tuvieran a su cargo el cuidado de la astronave.

—Comunicaremos con vosotros cada media hora —detalló Vanglan—. Si transcurriera ese tiempo sin recibir la señal, haced que dos de vosotros se metan en estas grutas y traten de localizarnos con los “odógrafos”. Y si no consiguen dar con nuestro rastro, que desistan de la búsqueda y que regresen a la nave. Y elevaros con ella y buscad contacto en otro punto de este planeta. Desde allí montad una vigilancia sobre este conjunto montañoso por espacio de unos diez días. Si tampoco diéramos señales de vida en ese tiempo, actuad entonces como os parezca. Tú, Brody, tomas el mando.

Sin comentarios. Definitivamente se separaron, emprendiendo el viaje hacia el interior de las montañas cristalinas los designados para aquella aventura. Y los otros se reintegraron a la plataforma en la que brillaba como un topacio más la nave “Perforador Cero”.

Vanglan y los seleccionados avanzaron con precaución. Y enseguida comprobaron que las estancias subterráneas se sucedían horizontalmente unas doscientas yardas y, luego, se cortaban a pico sobre unos desniveles de unos trescientos pies que salvaron con las “libélulas”. El aire continuaba siendo perfectamente respirable.

—Si estas galerías continuán así —manifestó Ulma—, tendremos que aceptar que esta cordillera está hueca en sus tres cuartas partes, lo que supone una configuración especial, como si hubiera surgido de las entrañas del planeta o se hubiera plegado como una inmensa catedral gótica, con sus cruceros y arbotantes. Y esto indica que debió formarse casi de golpe, bajo los efectos de una formidable presión.

Descendieron así unos dos mil pies más, sin variación ostensible. Era auténticamente como las salas desnudas de un inconmensurable castillo. Y por todas partes aquella cascada de pedrería.

—Nos debemos encontrar, a juzgar por la altura de los picos en que detuvimos a “Perforador Cero” y lo que llevamos bajado por estas interminables escalinatas, al nivel de esas otras montañas moradas que se distinguían como una bandada de buitres al principio de la Gran Planicie que se extiende por el oeste.

—La presión atmosférica es menor, pero el aire está más cargado. De todas formas, es curiosa la ventilación de este cascarón rocoso. Deben existir como unas chimeneas en varios de sus extremos.

—Ahora comienza a distinguirse un fulgor difuso al fondo.

—¡Y se oye como un fragor!

Estaban sobre uno de los escalones o plataformas, en su borde, asomados a un enorme espacio que sus reflectores no lograban atravesar. Un olor especial, nauseabundo, de pocilga, subía de lo más hondo y era cierto que se escuchaba un retemblo y, a la vez, como un chapoteo o caída de colosales cuerpos en un lodazal.

Y se percibía también una tenue línea verdosa en un ángulo de la insondable oscuridad.

—¿Qué será lo que se mueve ahí abajo?

—¡Mi ensortijada melena se ha puesto de punta! —exclamó Hipox.

—¿Soñamos o seguimos siendo los mismos que subieron a bordo de “Perforador Cero”?

—Tranquilidad —recomendó Vanglan. Y añadió—: Recordad que este es un mundo nuevo para nosotros. Muchas cosas de las que nos parezcan extrañas y peligrosas lo serán tan solo por su distinta conformación, que no quiere decir distinta naturaleza.

Tras cuya sabia aclaración, ordenó descender suavemente. Lo hicieron así y conforme caían casi en silencio con los motores al máximo de aceleración, lo que les comunicaba una facilidad de maniobra parecida a la de los colibríes o los insectos de que tomaban el nombre los aparatos, el ruido de lo hondo crecía y se diferenciaba el estruendo de las moles cayendo o levantándose.

Los reflectores de los tripulantes de “Perforador Cero” hicieron surgir de la negrura, por fin, la causa de semejante ruido: sus espantados ojos contemplaron como una enorme hoya rocosa, cuyos límites precisos se

confundían con las impenetrables tinieblas que no lograban barrer las escobas luminosas, repleta de un líquido espeso cuya peste denunciaba su condición de estiércol, de mezcla de excrementos y otras materias en descomposición.

Y, sobresaliendo o sumergiéndose de tal guiso nauseabundo, unos animales de hocicos cerdunos, ciegos, con solo las protuberancias de los ojos y con los cuerpos, dobles del tamaño de elefantes africanos, provistos de patas delanteras pero rematados en colas cortas, redondas, con una ventosa, y que, al hundirse de cabeza, mostraban estremecidas, rezumantes, terminadas de desprenderse del suelo de la pocilga con un chasquido.

—¡Qué seres más asquerosos! —exclamó Ulma.

—Son medio cerdos y sanguijuelas.

—Lo extraordinario —comentó Okala— es su confinamiento aquí. ¿De dónde obtienen el alimento, salvo que mediante esas ventosas lo extraigan del fondo por alguna transformación química?

—No es problema para resolver ahora —objetó Vanglan—. Escuchad: debemos orientarnos hacia aquella especie de línea fosforescente. O mucho me equivoco o eso indica una especie de salida o fractura al exterior.

Pero su deducción se demostró errónea. Tras separarse del criadero de los cerdossanguijuelas y rebasar una depresión menor que las anteriores, se acercaron a otra gran oquedad cercada por la roca cristalina. Aquel espacio, que ampliaba sus lados y profundidad sin que los haces lumínicos pudieran medirlos, era un sembrado de hongos de volumen y estructura casi de pagodas, que emitían aquel fulgor verdoso.

—¡Demonios de cuernos múltiples! —expresó su admiración Hipox—. Si me sometieran a un examen sobre este viaje de espeleólogo de mundos inexplorados, tendría que asegurar que esto recuerda a unos establos y a un campo de hortalizas dispuestos para el sustento de unos raros cavernícolas.

—Un poco sí trae a la imaginación eso —opinó Tayra con su estilo un tanto perifrástico—. Mas ¿para quiénes...?

No tardó en obtener la respuesta. Al volar sobre la fantástica huerta, se enfrentaron con una serie de escalones o salientes en unas laderas que establecían un desfiladero de gran altitud y profundidad, como el corazón mismo de la cordillera.

Y fue cuando los vieron. Unas figuras altas, delgadas, de un color blancuzco, que se presentaron bajo los chorros amarillentos de los focos como gusanos incrustados en los intersticios de las rocas. Y para mayor parecido, al ser deslumbrados, iniciaron unos saltos increíbles que les transportaban de un lado a otro del paso, brincos de doscientas o trescientas yardas o más.

—¡Madre! ¿Qué es eso?

—Parecen triquinas que se han vuelto locas.

Los seis componentes de la aventura se fijaron en uno de los salientes y durante unos minutos contemplaron aquel baile. Y en tanto que duraba, sus oídos captaron la música, aquellos sonidos que los habían conducido hasta allí. No con la horrrisona potencia de las otras veces, sino agradable, formando como una red sonora sobre la que componían las fantásticas evoluciones del ballet.

—¿Os fijáis? Se parecen a nosotros, brazos, piernas, y la cabeza...

—Sí. No cabe la menor duda de que estamos frente a los autores de la llamada de socorro.

—Debiéramos intentar entrar en contacto con ellos.

Intentaron secundar la proposición de Vanglan, pero descubrieron que algo inexplicable los mantenía como paralizados, incapaces de hacer funcionar sus motores e incluso despegarse de la atalaya.

—¿Y ahora qué hacemos? Deben poseer algún poder especial que...

—Calma —recomendó el jefe del grupo—. Quizá lo más interesante sería traducir en nuestras minicomputadoras esa música y verter nuestro lenguaje a ella.

—Pero ¿tú crees que esos sonidos son como nuestras palabras?

—Estoy seguro de ello. Y si son capaces de contar con la capacidad que nos retiene paralizados aquí, puede que, al recibir nuestros rudimentarios balbuceos de versión a su “partitura”, inmediatamente logren entendernos del todo.

Esta vez sí acertó. Los pequeños ordenadores, también alimentados por energía nuclear, efectuaron en millonésimas de segundo las correlaciones entre las cadencias sonoras de los cavernícolas saltarines y las oraciones verbales humanas. Inmediatamente quedó claro que la correspondencia entre los dos códigos era incompleta y que, frente a la música que describía una continua “situación” y “acción” y obtenía una síntesis absoluta del espacio y de sus modificaciones más insignificantes, el lenguaje de los terrícolas era una burda ordenación de vocablos ensartados en un hilo o articulación que reflejaba las ideas de posición y movimiento y tanteos de conceptos más elaborados.

Pero en los cerebros electrónicos se encendieron fulminantemente unas señales que revelaban que los habitantes de las profundidades habían interpretado convenientemente el mensaje de los visitantes. Y se inició el diálogo.

Un diálogo en el que el trabajo más complejo se reservaba a los Tan Dolon —con ese nombre se identificaron—, ya que tenían que reconstruir los objetos, las cosas a que hacían alusión sus interlocutores y que en su medio no existían, sustituyéndolos por una catalogación numérica con divisiones que, en realidad, tenían valor de fichas para las máquinas de los terrestres.

CAPÍTULO 3

VANGLAN y sus compañeros relataron en aquel modo su expedición y la razón de que hubieran llegado al punto en que se hallaban. Inmediatamente se sintieron liberados. Y los inverosímiles desplazamientos de los Tan Dolon cesaron y se reunieron con quienes trataban de ayudarles.

Al tenerlos a pocos pasos recogieron varios detalles curiosos. En primer lugar que, si bien tenían ojos, carecían de pupilas, estaban atrofiados o casi atrofiados, huecos. Y aunque sus rasgos eran humanoides, resaltaban ligeras diferencias. Por ejemplo, el cráneo se ensanchaba todo alrededor de su parte superior como una especie de corona y estaba recubierto de un pelo corto y duro, tieso.

Y luego la piel de que se cubrían. Era imposible adivinar, por el momento, si consistía en un traje ajustado totalmente al cuerpo o se trataba de una exoepidermis con que se defendía a la normal, de un tono blancoazulado. La distinción entre sexos, si la había, no se apreciaba por los signos externos típicos en los humanos, y quizá fuera debido a la dura cubierta aquella que los preservaría del medio en que vivían.

La historia que contaron por medio de uno de ellos, que asumió el puesto de portavoz, era como un cuento de ciencia ficción, la versión de los orígenes de nuestro mundo proporcionada por un bufón endemoniado.

Ellos en cierta época remota habían ocupado los valles de Afrod. O mejor dicho, una zona en la que se dieron unas condiciones especiales para desarrollarse, como un claro en el centro de una selva inmensa, retenidas las plantas devoradoras por unos cinturones de insectos, gigantescas hormigas abroqueladas por unas armaduras córneas y que sostenían una tenaz, espantosa batalla contra la invasión vegetal.

Aparte de aquello, el satélite o segundo planeta Eroth estaba mucho más alejado y sujeto a fases, lo que hacía que el clima fuera más suave en aquel terreno privilegiado, ordenándose las estaciones por el ciclo de

Maxol.

—Vivíamos —vertían las computadoras, aunque de pronto comenzó a oírse al Tan Dolon expresarse ya directamente, pero con un registro duro, metálico— sencillamente, en plena identificación con la naturaleza, desarrollando nuestras mentes para un pleno entendimiento de ella y de lo que suponía nuestra presencia aquí. Sabíamos que más allá de donde se producía la lucha entre las hormigas acorazadas y las plantas carnívoras se extendía la zona de los pantanos, unas inmensas depresiones llenas de un lodo donde se producían continuamente cambios químicos y crecían y morían formas extrañas de plantas y seres animados.

Pero la duración de su vida era muy corta y se sucedían unas a otras. Sin embargo, persistían los Fungios, parecidos a nosotros en su constitución, pero que nacían de unas plantas por gemación. Los Fungios alcanzaban una más dilatada existencia, pero al sobrepasar cierto grado de desarrollo este se detenía en su condición animal y reaparecía la vegetal que los consumía, desecaba.

—¿O sea que el mundo vegetal generaba formas animales?

—Sí. Y continúa haciéndolo. Existen plantas mixtas, con órganos vegetales y animales, como las Krofans. Y otras que solo proporcionan vida animal en épocas determinadas, alternándolas con frutos, como los Glarios. Justamente al rectificarse, por alguna causa que no sabemos, la órbita de Eroth y su acercamiento al planeta, esas plantas adquirieron un predominio extraordinario. Y se alteró profundamente la situación del lugar en que vivíamos.

“Cometimos una grave equivocación. En lugar de procurar combatir contra aquello, preferimos someternos y recurrimos, precisamente, a los Fungios para que se hicieran cargo de las ocupaciones que nosotros ya no podíamos desempeñar. La atmósfera nos ahogaba, la temperatura era insoportable. Los Fungios que, entonces, ya habían conseguido una mayor independencia y ensayaban un sistema de reproducción normal, accedieron con entusiasmo al proyecto.

“Ellos, nacidos en los pantanos, acostumbrados a respirar y a moverse en una atmósfera casi líquida, no tenían dificultad alguna en trabajar y hacer cuanto fuera necesario en el terreno que hasta aquel momento era exclusivo de los Tan Dolon. Y, por otra parte, era su oportunidad para descubrir nuestros secretos, el por qué nosotros estábamos totalmente liberados del sometimiento a la materia inorgánica y orgánica, pero no zoológica, y los métodos y ritual de las diosas-madres...

Los terrícolas escuchaban todas aquellas cosas con el pasmo de quienes asisten a un congreso de mosquitos anofeles para la planificación del paludismo a escala universal.

No cabía duda de que en la Tierra las ramas zoológica y botánica se diferenciaban tan solo en los organismos superiores, pero en las bacterias y

los virus podía afirmarse que se confundían, con su muestra más característica, la euglena, a medias protozoo y alga. Pero tan solo en la mitología se hablaba de árboles que, como frutos, proporcionaban carneros.

Naturalmente, los nombres que aplicaban a las criaturas aquellas que los Tan Dolon les intentaban describir no eran sino simplificaciones de los que ellos empleaban. Y otros, incluidos los del planeta y su satélite, habían sido inventados.

—Por último, no nos quedó otro remedio que abandonar y refugiarnos en el interior de estas montañas donde hemos perdido la visión. Aquí, no obstante, la atmósfera nos favorece.

—Pero es absurdo que no hayáis intentado luchar, recuperar el dominio de Afrod. ¿No se os ha ocurrido que podíais haber inventado algo, una escafandra especial que...?

Vanglan se calló. Se dio cuenta de que aquellos seres, por otra parte tan humanos como ellos mismos en cuanto a su morfología, no entendían la necesidad de tales elementos auxiliares. Ejercían sus potencias naturales hasta el límite del medio en que se desenvolvían. Daban saltos prodigiosos, su tacto y su oído eran superiores a los de cualquier especie animal conocida, y el desarrollo de su capacidad perceptora y emisora no podían ser igualados por ningún aparato inventado por la ciencia terrestre.

—Sé a lo que os referís —la voz del Tan Dolon, con sus raras inflexiones debidas a la adaptación de su comunicación musical a la hablada, volvió a sobresaltar a los terrícolas—. La verdad es que hubiéramos podido adaptarnos, no con la invención de esos auxiliares que vosotros lleváis, sino a partir de nosotros mismos, de igual modo que lo hemos hecho para vivir aquí.

—Pero eso os hubiera llevado mucho tiempo, quizá millones de años...

Hubo un momento como de suspensión. Luego, los visitantes, quienes por cierto habían enviado un aviso a sus compañeros de la nave para que se les reunieran, comprendieron que aquella era otra cosa en la que sus mentes no se correlacionaban.

El tiempo mecánico, la medida de contar por días, meses y años y sus magnitudes superiores carecía de sentido para quienes disponían de una unidad mental casi absoluta y la desaparición física era un simple cambio de organismo. Sin embargo, Tan Dolon explicó:

—Millones de años... No, no. Nuestras mentes proyectan una nueva imagen de nuestros organismos y enseguida trabajamos sobre ella hasta conseguir ser así, por supuesto en relación con la modificación del medio.

—O sea que esas proyecciones mentales influyen en la conformación externa y en la adaptación de los organismos a las circunstancias y condiciones nuevas...

—Eso es. ¿Acaso vosotros no...?

El resto de los expedicionarios se les juntó en aquel momento. Y tuvieron que informarles de cuanto habían oído y hacer la presentación de los habitantes del interior de las montañas. Enseguida, reanudaron el diálogo.

—¿Y cómo no hicisteis entonces esa adaptación?

—No nos dio tiempo. Los Fungios adquirieron un incremento terrible y cometimos, como ya he dicho, la equivocación de imaginar que podíamos limitarnos a ocupar las zonas que todavía nos favorecían, con solo ligeros cambios en nuestra estructura, y convertirlos a ellos en una especie de servidores. Otro error, y pronto hubimos de reconocerlo, fue no esforzarnos por comprender la causa del cambio producido. El caso fue que los Fungios se apoderaron de todos los puestos y no nos quedó otro remedio, si no queríamos pasar nosotros a ser esclavos suyos, que refugiarnos aquí.

La siguiente pregunta de Vanglan era obligada.

—¿Y los Fungios no han intentado el asalto a este sitio?

Algo que se pudo tomar por una risa y que erizó el vello de los componentes del grupo de la Tierra, resonó en la caverna.

—Ellos no poseen el mismo desarrollo cerebral que nosotros y no pueden, por consiguiente, acelerar sus procesos de adaptación y modificación del medio. No aguantan sino en ese clima actual de los valles y de la gran llanura, aunque ya tampoco soportan los pantanos, pero tienen que entregar un número de ellos, en la época en que Eroth está en su conjunción con Maxol, para apaciguar a Lodagón, la gran bestia que se alza entonces en su fondo y vierte el hediondo barro por toda la selva y los valles de alrededor.

—De acuerdo. Los Fungios no pueden entrar aquí. ¿Y por qué vosotros no habéis intentado volver y desalojarlos?

La duración del silencio fue mayor.

—En nuestro grupo existe un campo de actuación propio y podemos trabajar uniendo nuestras proyecciones mentales. Pero solo podemos actuar sobre nosotros mismos o sobre materia que de algún modo controlemos. Las mentes de los Fungios son distintas, de mucho menor potencia. Pero sus naturalezas son totalmente refractarias a la acción de nuestros cerebros y, menos aún, la del mundo vegetal que ellos sí gobiernan y utilizan. Por ejemplo, los Krofans.

La descripción que dio de aquellos monstruos era algo confusa, pero en cualquier caso era suficiente para encoger el corazón más templado. Los Krofans eran mitad animales y plantas. Miles, cientos de miles de cabezas diversas y brazos o tentáculos sostenidos por una como enredadera, capaz de crecer a voluntad y extenderse y cerrar cualquier terreno por difícil que fuera su acceso.

—¿Y no ataca a los Fungios?

—No. Los Fungios proceden, en cierto modo, de los Krofans; sus sustancias se complementan. Pero deben alimentarlos con los Glarios, unos como cerdos que se obtienen a partir de unos bulbos.

Todo era un juego continuo de contrastación, de comparaciones. Los sonidos musicales que emitían los Tan Dolon podían describir cualquier situación o acción, pero los objetos o imágenes visuales tomaban una dimensión, unas proporciones que nada tenían que ver con las que estaban acostumbrados a percibir los ojos de los terrícolas.

De ahí que no dieran realmente nombres a las cosas, sino que utilizaran una serie de modulaciones para identificarlas. Como ejemplo valdría el silbido admirativo con que se pondera la escultural forma de una mujer. A partir de ahí los terrícolas tenían que traducirlos a su lenguaje. Pero los Tan Dolon poco a poco habían ido empleando las palabras, aunque se notaba que era un ejercicio de reducción muy difícil, sobre todo para determinadas magnitudes o estados de ánimo.

Pero había algo más y era que el empleo de aquella música surgió por necesidad del nuevo medio en que tuvieron que vivir y donde la visión ya no servía. ¿Por qué no habían intentado reproducir la luz en el interior de las montañas? Claro que tendrían que haber recurrido al empleo de máquinas, que desconocían. Cuando vivían en plena recepción de la luz, su código de señales era a base de transmisión mental de imágenes y también de una complejísima gesticulación facial.

Precisamente su defensa contra los Krofans, que tapaban las entradas a la cordillera multicolor y acechaban cualquier intento de fuga por su parte, era aquella música que convertía al macizo cristalino en un imponente órgano. El monstruo carnivorovegetal se replegaba, aterrado, y no volvía a intentar su penetración hasta pasado un largo periodo de recuperación.

—La música es para los Krofans un mundo extraño, amenazante.

—¿Es que acaso en los valles no se hace música... o, por lo menos, existen ruidos?

—Claro que existen ruidos. Y algunos tan fuertes y amenazadores como los que nosotros somos capaces de producir. Pero normalmente la vida no se refleja en tales sonidos. ¿Qué necesidad hay de ello? Al haber luz —y esta es constante por la posición de Eroth— la comunicación es visual y los cerebros se transmiten imágenes. Es al faltar la luz cuando hace falta comunicarse por medio de los sonidos. Pero los Fungios no llegan a la relación puramente mental, sino que se basan en la gesticulación, aunque tan perfeccionada como el lenguaje que vosotros usáis.

Así tan sencillo. Era como descubrir en qué forma surgió el lenguaje... por necesidad de comunicarse en la oscuridad o, cuando menos, la penumbra. Los terrícolas tuvieron la visión retrospectiva de selvas impenetrables y unas cuevas donde la existencia transcurría necesariamente y en su mayor parte sin claridad alguna.

Los Tan Dolon condujeron a sus huéspedes a través de las galerías que habían abierto —valiéndose de los inmundos cerdos-lombrices— y los criaderos de hongos y tubérculos descomunales.

Algo que desde el principio había llamado la atención de los tripulantes de “Perforador Cero” era que no lograban distinguir entre los sexos, ya que bajo sus pieles no se destacaban los signos típicos. Rápidamente tuvieron la explicación.

Como final de la excursión por los plutónicos parajes, les hicieron entrar en una sala redonda, mayor que las otras que habían visitado. A la claridad que emitían los reflectores de los visitantes pudieron ver que el centro del suelo de la cavidad formaba como un estanque o piscina seca, recubierta de pieles semejantes a las que ellos empleaban, pero sin confección, y un suave plumón de la misma materia.

Y tendida sobre aquel lecho lo que, sin duda alguna, era un ejemplar femenino. O superfemenino. Tanto los hombres como las mujeres de la Tierra notaron una emoción singular a la vista de aquel ser de líneas tan maravillosamente perfectas y a la vez tan cargadas de una sensualidad vibrante, turbadora. Se la podía comparar a una asociación de escultura helenística con el retorcimiento del arte hindú.

Pero era algo más, como si dimanara de su gran cuerpo —pues les sacaba más de una cabeza a los restantes Tan Dolon, que ya eran más altos que los terrícolas—, una energía erótica, una acentuación de todo lo que podía inducir al deseo.

Los largos planos torneados, los muelles y elásticos cojines musculares, que se estremecían y combinaban intensos relieves con las tersas redondeces de brazos y muslos, creaban la ilusión de un continuo desplazamiento y rotación, aun cuando estuviera quieta.

Y seguidamente tuvo lugar una ceremonia, plena de significado, que revelaba la organización social amorosa de los Tan Dolon, dentro de sus especiales características de supremacía mental. Porque todo el grupo se despojó de su envoltura, de aquella especie de superpiel, mostrando así que, en efecto, eran de ambos sexos y contaban con los atributos propios, y se situaron alrededor del hueco que cobijaba al soberbio ejemplar de su clase, en cuclillas e iniciaron un lento balanceo al tiempo que dejaban oír una como sinfonía.

Se trasladaba a la masa aquella moldeable de sonidos todas las gamas, todo el infinito mundo de las relaciones de los cuerpos, de la fusión de mentes y naturalezas en unos planos sonoros únicos, desmayantes. No solo estaba allí el secreto de la aparición del lenguaje, sino el de la misma música, que solo es válida si refleja y concentra el sentimiento, la idea y, sobre todo, la pasión.

La figura femenina, la diosa-madre, comenzó a elevarse, a estirarse, con un movimiento a medias de desperezo y danza. Y sin transición fue

marcando una serie de ondulaciones, vibraciones y gestos, la representación de una integración sexual.

Porque aquel organismo poderoso, la maquinaria soberbiamente construida, atraía, gravitaba en sí, en sus giros, escorzos y posturas, las energías distintas, la realización de actos amorosos fuera de ella misma.

Y la integración, la comunicación con el cosmos circundante, era tan intensa, tan definitiva, que los Tan Dolon caían en un frenesí terrible, se realizaban al máximo a través del formidable símbolo, en un delirio desfalleciente, anulador.

CAPÍTULO 4

EL orgasmo colectivo había terminado justamente con el baile de la diosa de las profundidades, que volvió a tenderse en su a modo de nido.

—Es... es tremendo —confió Ulma a Hipox—. Ellos se aman a través de esa danza.

—Sí. Y si quieres que te confíe un secreto, creo a mí me ha pasado igual.

Tan Dolon Jefe informó a Vanglan:

—Ella nos introduce en el verdadero orden de la naturaleza, nos devuelve la auténtica esencia de nuestro ser. Y cada uno ama a su pareja por la proyección de ese amor superior.

—¿Tiene algo que ver con ese elemento químico que existe en la atmósfera, que también posee propiedades radiactivas, y que hemos supuesto proviene de algunas plantas?

Tan Dolon retuvo la contestación un largo rato.

—Es curioso. Sí que tiene que ver, pero nosotros habíamos llegado a olvidarlo. Esas plantas a que os referís realizan, al desarrollarse y abrir sus flores, este mismo ritual y lanzan al espacio una carga de efluvios poderosos. De una punta a otra del planeta pueden unirse, acoplarse, por medio de ese polen irradiante. Por supuesto que ellas responden a una ley universal, pero hacen que se intensifique, que culmine y se haya sublimado en nosotros.

—¿Y esto no...?

Era una pregunta delicada, pero el cavernícola la captó. Y tuvo una sonrisa.

—No se aprecia, pero esas uniones a través de la diosa madre se realizan en ella. Recibe tanto el impulso masculino como el femenino. Y periódicamente da a luz a parejas de Tan Dolon. Esa es otra parte de su misión. Los nacidos se trasladan a unos espacios en que se les inicia en las prácticas de relación del grupo. Y no tardan en alcanzar su desarrollo

completo.

Había una similitud con la organización de las abejas, solo que aquella diosa-madre representaba bastante más, puesto que encarnaba al amor mismo y era capaz de transmitirlo y de consumarlo de un modo total en su persona.

—Antes eran varias las diosas-madres, pero en nuestra huida los Fungios consiguieron arrebatárnoslas y ahora están con ellos, instaladas en grandes templos. De hecho, los Fungios quieren modificarse, ser como nosotros y tratan, desde casi nuestra entrada en las montañas, de que sus nacimientos se produzcan a través de las diosas-madres, pero únicamente han conseguido que estas se reproduzcan por sí mismas.

El pensamiento humano se perdía al escuchar tales hechos. Solo que para confirmar su posible realidad estaban aquellos Tan Dolon con sus extrañas características y poderes.

—Lo peor de todo —continuó su explicación el que hacía de exponente del grupo—, es que van degenerando, reduciendo cada vez más su potencia cerebral, al estar separadas del colectivo de donde tomaban su energía. Y sus sentidos se unen a lo material, a lo físico. Las grandes fiestas de la Fertilidad que celebran los Fungios son como el triunfo de la materia y ellas se sienten dominadas por las oscuras fuerzas vegetales y animales que se reproducen sin cesar en los pantanos, por las selvas que se pudren en sus raíces y por el lodo nutricio que lanza sus efluvios a la atmósfera y se continúa por ella.

Vanglan decidió entonces contar la razón de que se hubiera organizado aquel viaje desde la Tierra.

—Entendimos, nuestros ordenadores así lo interpretaron, que era una llamada de auxilio, que pedíais ayuda. Y en cualquier caso, era la confirmación de vida inteligente en otra galaxia, la más próxima realmente a la nuestra, por lo que pusimos el proyecto a punto.

Los terrícolas comprendieron que allí había habido otro error. Los Tan Dolon estuvieron un rato digiriendo en sus cerebros y con arreglo a sus claves la información recibida.

—No. Esos sonidos en realidad iban dirigidos, como llamada, para que alcanzara a las diosas-madres. Pensamos que así no pierden del todo el contacto con nosotros. Hemos conseguido que ellas sepan que esa música proviene de aquí y que, aunque con muchos fallos, se comuniquen con nosotros. Por otra parte, también está dedicada a ahuyentar a los Krofans.

Todo estaba dicho. El cuadro de aquella civilización, de aquel perdido Paraíso, recuperaba para los terrícolas parte de su prehistoria. ¿Pudieron ser así los orígenes, las leyendas conservadas entre brumas del pasado? ¿Dónde, cuándo y cómo dejó el Hombre de estar en perfecta armonía con la naturaleza, que le era propicia, de ser su conciencia, y tuvo que pasar a reconstruirla, valiéndose de todo un mundo de aparatos, de ingenios, y

reservándose para sí el mísero papel de pulsador de teclas y botones?

—No importa que haya sido una falsa interpretación de ese mensaje captado por nuestros radiotelescopios —Vanglan se expresó en nombre de todos sus compañeros—. Por lo que hemos oído y visto está claro que nosotros debemos tratar de ayudaros a reconquistar la supremacía sobre el planeta, ya que la civilización que nos habéis descrito de los Fungios se basa en el predominio de los sentidos y, por consiguiente, de ocupar simplemente el primer puesto en la escala animal, con la conciencia embrutecida, reducida a una mera lucecita que agiganta lo desconocido y puebla ese inmenso piélago del terror de monstruos y falsos poderes.

Fue un magnífico discurso, pero tenía que haber añadido que la Humanidad, aun cuando estuviese recorriendo su trayectoria por una vía diferente, distaba mucho de haberse liberado de tales miedos. Solo la base de los científicos, a la que ellos pertenecían, superaba ese horizonte de animalidad, de sometimiento a los apetitos de la carne en su más baja expresión.

—Antes de que requiramos la ayuda de otros equipos de la Tierra —añadió—, haremos un esfuerzo a partir de la técnica de los aparatos que hemos traído. Quizá, aunque inferiores a vuestro poder mental, sean más eficaces para combatir contra esos seres medio plantas y bichos que invaden los valles y llanuras de Afrod. E incluso contra los propios Fungios.

—No debéis menospreciar la capacidad mental y la fuerza de los Fungios —previno Tan Dolon—. En su medio dominan por entero. Y sus aliados, los Krofans, son indestructibles por su terrible capacidad de regeneración. Nosotros hemos desplomado toda una montaña sobre ellos, aplastando miles de cabezas. Y casi al momento se han reproducido e incluso multiplicado.

El pelirrojo Larkin le susurró a Okala:

—¿No te recuerda eso a un personaje mitológico, la Hidra?

—Sí. Y ya sabes cómo terminó Hércules con ella, cauterizando los muñones de las cabezas cortadas. Así no volvían a resurgir.

—Exactamente de eso se trata —alzo la voz Vanglan y transmitió aquel comentario a los Tan Dolon—. Nosotros podemos emplear el “laser”, un rayo cuya potencia es suficiente para fundir, hacer desaparecer la estructura más resistente a una distancia de media milla, aparte de que es el agente que transporta por los espacios nuestros mensajes.

No quedaron muy convencidos con aquello los cavernícolas. Pero no se opusieron a que, con excepción de Landa y de Brody que permanecerían allí con ellos y al cuidado de la nave —también como reserva para el caso de que tuvieran que intervenir en ayuda de sus compañeros—, los demás forzarían la salida a los valles y harían un reconocimiento de las posiciones y fuerzas de los Fungios.

Fueron guiados hacia la salida, para lo que tuvieron que descender al nivel de la llanura. Inmediatamente comprobaron que la atmósfera se espesaba, se volvía como un gas visible, opalino. Y se notaba como una ligera suspensión en ella.

—Tendremos que ponernos las escafandras —indicó Hipox—. La computadora señala la presencia de hidrocarburos y de gas carbónico, aunque no en cantidades realmente tóxicas. Aparte, claro, de la “afrodisina”.

Contra los efectos de esta se inmunizaron con un antídoto logrado a partir de la fórmula establecida también por la computadora de Hipox. Y provistos de las escafandras y con los proyectores del “laser” en disposición de utilizarlos, avanzaron hacia la fractura en la base de las montañas, una abertura espaciosa y que parecía despejada.

Pero, bastante antes de pisar en su raya de separación con el exterior, se produjo un oscurecimiento, como si hubiera caído sobre ella un telón o una red tupida que coloreó de verde y naranja el claror, filtrándolo. Y en el mismo momento se prolongaron hacia el interior unas formas horrendas, especie de tentáculos de pulpos colosales, pero con adherencias de espinas afiladas como dagas. Y en unos tallos más gruesos, granulados, cabezas.

Cabezas que adoptaban todas las apariencias posibles, desde los reptiles a los pájaros, pero no los conocidos por los terrícolas, sino carátulas espantosas que participaban de cualquiera de esos géneros, con mandíbulas y dientes descomunales y, también, con excrecencias ramosas y córneas, hasta componer un conjunto que solo la locura podría imaginar.

—¡Apuntad a las uniones, a las junturas con los troncos! —gritó Okala, que dio ejemplo y lanzó su rayo hacia el conglomerado que cerraba el hueco.

Todos los demás apuntaron hacia el mismo objetivo. Y fue como si manejaran unos bisturís atómicos que cortaran aquellos monstruosos tegumentos haciendo desplomar el entramado simbiótico. El manto de carne y ramas y tallos dejó libre el acceso a las montañas. En los lados y en lo alto los segmentos de que se había caído el terrorífico tapiz, se retorcieron y apartaron.

—¡Vamos! ¡Salgamos! Krofans tardará en reponer su pérdida.

Se precipitaron al exterior. Y a sus pupilas maravilladas se ofreció un mundo inexplicable, pero que de alguna manera reconocieron, que les pertenecía aunque fuera millones de años atrás.

El monstruo que habían derrotado momentáneamente con sus “lasers” se extendía y cubría toda la base de aquella parte de las montañas, como una hiedra que floreciera hocicos y fauces, mandíbulas y picos provistos de cortantes dentaduras.

Más allá de aquel sitio comenzaba un largo y amplio valle, entre elevaciones rocosas de un oscuro color rojizo, casi morado y que diferían

de la cordillera cristalina. La atmósfera era semejante a un ligero caldo amarillento, pero de una consistencia igual, constante, lo que permitía ver perfectamente a su través, si bien en algunos puntos se adensaba y volvía más opaca.

El suelo era como un barro seco y en su mayor parte alfombrado por una hierba corta, espesa, y mullida como si se tratara de terciopelo de un verde amarillento que se trocaba en naranja y carmesí por sectores.

Y de trecho en trecho se alzaban plantas, de tipo cactus unas y con la particularidad de destacar partes de materia animal, algunas ya para desprenderse. Y grandes, gigantescas criptogramas asociadas, donde se producía igual fenómeno de carnalidad, dejando caer unos largos filamentos viscosos en los que quedaban atrapados insectos enormes de pesado vuelo irregular, zumbante.

La tierra, por debajo de aquellos bosques, era una ciénaga y el aire se convertía en una densa masa fluidica por donde se movían como si nadaran, extrañas formas de reptiles, algunos de los cuales poseían membranas entre las patas.

El conjunto de intrépidos terrícolas avanzó por el campo despejado, examinando con estupor a su alrededor.

—Por las observaciones que hicimos conforme nos aproximábamos al planeta —dijo Ulma, la geóloga—, estamos cerca del cinturón de selva y pantanos de su ecuador que coincide con la órbita de Eroth, el planeta gemelo. Pero entre medias se abre esa gran planicie o desierto donde la atmósfera se condensa y que tomamos al principio por un mar. Por cierto que es curioso que los mares en este mundo formen como dos casquetes perfectamente delimitados, que dejan a la parte firme entre ellos. Causa la impresión de que se debe a la influencia del paso de Eroth la consolidación de esa zona pantanosa y de selva y que hubiera hecho separarse a las aguas...

—Puede ser. De todas formas, es subyugante esta naturaleza en la que se confunden y viven a expensas una de otra las ramas vegetal y animal. Es algo que parece inconcebible... pero cuya realidad tenemos que aceptar.

La reflexión de Larkin embargó a todos de una singular emoción. No quisieron emplear las “libélulas” para desplazarse, sino que continuaron a pie, atentos a cuantas maravillas se desplegaban ante ellos. Se cruzaron con manadas de bestias que reproducían con variaciones, las de reptiles y mamíferos de la Tierra sobre todo en las épocas prehistóricas.

Colosales proboscídeos cuyo lomo se alzaba con una giba cuya textura era diferente al resto del organismo, recubierta de una placa o costra. Y entre ellos, otras moles grasosas como descomunales morcillas atadas por el centro, con patas de palmípedos y unas cortas trompas succionantes, con las que hozaban levantando grandes montones de tierra.

Y oyeron un retemblor que se materializó en un rebaño de unos

indiscutibles caballos, pero con la particularidad de poseer dos troncos y dos cabezas, de forma que al inclinar una para pastar la hierba amarillenta quedaba la otra en posición normal y como vigilante. Aparte de eso, las orejas eran anchas y de un tamaño como las de los perros, pudiendo erguirlas y girarlas con independencia, lo que les daba aspecto de pequeñas pantallas de radar.

—¡Muérdago con pústulas sanguinolentas! —exclamó Rengo—. ¡Vaya bichos espeluznantes!

—Realmente es un reencuentro con la mitología más delirante. No me extrañaría nada que nos tropezáramos con centauros o sátiros.

—Sobre todo, sátiros.

Aquello les hizo recordar la existencia de las plantas que producían el polen “afrodisina”. Las identificaron, por fin, porque en la computadora de Hipox, que realizaba constantes análisis de la composición de la atmosfera, hubo un aumento de aquella sustancia.

Se trataba de unos arbustos del tipo rosal, pero que en lugar de tener las espinas en las ramas, se formaban alrededor a partir de la base del tronco. Las flores eran mandes, en la gama más variada de colores, de pétalos grandes agrupados alrededor de una especie de corazón en unas y en otras un cáliz tubuloso. El parecido con las rosas o cualesquiera otras flores terminaba ahí; porque se apreciaba enseguida que la materia de que estaban hechas era algo intermedio entre el vegetal y la carne. Y poseían una actividad que las hacía abrir y cerrarse, volverse en todas direcciones y unirse las de distintas proporciones en lo que tenía todas las características de un goloso acoplamiento, que provocaba un convulsivo estremecimiento a la planta toda.

Y era cuando expandían con extraordinaria fuerza la carga de “afrodisina” impregnando la atmósfera en un radio de muchas millas hacia los lados y a lo alto.

Por suerte el grupo se había inmunizado. Pese a lo cual sintieron que sus organismos participaban de aquel temblor de los arbustos copuladores y que un violento ardor los recorría desde las plantas de los pies a las nuucas.

CAPÍTULO 5

VIERON al primer núcleo social de los Fungios unas horas más tarde. Cuando los Tan Dolon les hablaron de los templos y ciudades de sus enemigos se imaginaron una especie de campamentos desmontables con facilidad, en círculo alrededor de una mayor.

Pero lo que se brindó a sus miradas atónitas fue una imponente plataforma levantada sobre unos rodillos que arrasaban y empujaban unos colosales ciempiés, cuyos anillos se acoplaban perfectamente a los huecos. Por supuesto que se notaba gozaban de propiedades distintas a los conocidos en la Tierra, pero en general correspondían a su morfología.

—¡Allí están, allí! ¡Esos son los Fungios!

Los distinguieron moviéndose sobre la vasta tarima que se desplazaba lentamente hacia el centro de la dilatada planicie en la que tal vez porque iba descendiendo de altura, la atmósfera se adensaba cada vez más, hasta el punto de que tuvieron que rectificar el control de aire de las escafandras.

Justamente a la par que ese fenómeno, por los bordes del llano crecía y se concentraba el bosque que, desde la distancia que estaba, creaba una confusión visual, cromática, indescriptible, pues se agitaba en millones de contorsiones, de sacudidas y rumoreaba sordamente resaltando de tiempo en tiempo alguna nota más profunda o aguda. Y de él salían o volvían aquellos enormes insectos y los mamíferos y reptiles provistos de amplias membranas de vuelo.

Lo que no lograron descubrir fue pájaros, aves en su expresión más pura.

Pero lo que atraía su interés entonces no era aquel espectáculo, sino el de los señores dueños del mundo en que estaban: los Fungios. Tuvieron que reconocer que la advertencia dada por los Tan Dolon acerca de su especial naturaleza era exacta. Contrariamente a ellos no causaban sensación de dominio los Tan Dolon.

—Debemos intentar el avanzar por entre las filas de plantas más próximas, aunque eso tenga sus riesgos también. Pero no conviene que nos fiemos del alcance de nuestros sentidos en Afrod; ya hemos comprobado de lo que son capaces los del interior de las montañas.

Así lo hicieron. Al acercarse a la singularísima franja verde creyeron que penetraban en el desconcertante, enloquecido mundo de Alida. Los animales y las plantas se asociaban e intercambiaban sus apariencias, se metamorfoseaban y adquirían propiedades nuevas que se sustituían por otras en un vertiginoso proceso de experimentación, ensayos infinitos para conseguir la organización vital adecuada.

Y el conglomerado vegetal y zoológico palpitaba, retumbaba y producía una visión caleidoscópica. Los componentes del grupo expedicionario sentían una exaltación, una embriaguez que les hacía caminar como por una ensoñación de drogados.

Fue Okala la que gritó deshaciendo en parte aquel hechizo:

—¡Fijaos! ¡Están ahí, entre esos troncos y nos vigilan!

Los Fungios. Se dejaron contemplar unos segundos, como destellos fulgurantes de los rayos de Eroth. Y se desvanecieron, se confundieron en el cambiante tapiz de ramas, hojas, flores y animales.

—Estad preparados —recomendó Vanglan—. Esto demuestra que nos vieron pese a la distancia. Y no uséis los “lasers”, hasta que comprobemos que intentan atacarnos.

Hecho que sucedió casi al momento. Aquellos hombres y mujeres, pues ambos sexos tomaron parte en la exhibición, iniciaron un estupendo juego de acrobacia, dejándose llevar a velocidades de tromba por las lianas viscosas o saltando y dando volteretas entre ramas y troncos separados cien y más yardas.

Pero el número de circo que paralizó al pronto a los terrícolas no tenía por objeto el que se divirtieran. Enseguida captaron el propósito de los ágiles individuos. Porque los pegajosos cordones, sobre que se descolgaban, se desarrollaban y materializaban con sus piruetas aéreas y tejían unos lazos que fueron dejando caer sobre los diez aturdidos exploradores.

Seis de ellos, Ulma y Rengo, Okala y Larkin y Taira y Gropius fueron apresados antes de que tuvieran tiempo de zafarse de los adherentes mucílago. Los otros cuatro hicieron funcionar sus lasers y los cercenaron limpiamente.

Y como los Fungios, autores de semejante maniobra, cayeran cerca de ellos no tuvieron otro remedio que apuntarles con los mortíferos rayos que los científicos de la Tierra habían perfeccionado hasta convertirlos en herramientas insustituibles del espacio. Los “lasers” que Vanglan y su equipo utilizaban podían atravesar cualquier sustancia, cortar el más resistente acero como si fuera mantequilla, pero también actuar como unos

transportadores únicos o como unas manos capaces de efectuar las más delicadas operaciones.

Los Fungios alcanzados por su trayectoria se inmovilizaron y rodaron luego al cenagoso suelo con el aire de estatuas de bronce derribadas de sus pedestales por un viento poderoso.

—¡Busquemos algún sitio que nos sirva de protección —ordenó Vanglan.

El jefe del grupo explicaría luego que había dado por supuesto que los compañeros se liberarían de las ligaduras sin inconveniente, haciendo funcionar la capa aislante antimateria de que iban provistos. Solo que no cayó en la cuenta de que envueltos por los beucos viscosos no pudieron emplear sus miembros y quedaron completamente empaquetados, como introducidos en un molde gelatinoso.

Vanglan y Colla, Maggae y el sirio Hipox, tras deshacerse de los seguidores, corrieron hacia un punto que les pareció más despejado y donde crecían unos tallos o tronchos huecos del tamaño deformes cubetas o calderas Y, como estos cacharros contenían una masa de color rosado y olor de churrasco.

Miles de los grandes y pesados insectos se posaban en el para ellos succulento manjar. Y con periodicidad de unos cuantos minutos las vasijas vegetales se cerraban con un chasquido y permanecían otros varios minutos convulsionadas por los estremecimientos de lo que debía ser una deglución. Luego, se abrían y ofrecían su contenido de donde habían desaparecido los bichos.

Aunque les repugnaban aquellas ollas tramposas se parapetaban contra sus paredes contráctiles y observaron el espacio circundante, preparados por si volvían a atacarlos. Pero no se presentaron los Fungios y la selva recobró su aspecto normal.

Vanglan registró todos los rincones sin sorprender signo alguno adverso. Pero tampoco vieron a sus camaradas.

—¿No los habrán...? —se elevó, trémula, la voz de Colla.

—No lo sé —dudó Vanglan—. En cualquier caso, iremos a comprobarlo. La verdad es que, si estamos provenientes, esos monos dorados no tienen nada que hacer contra nosotros. Otra cosa es si tuviéramos que enfrentarnos a ellos sin el auxilio de estos aparatos. Su vista y su oído deben ser superiores a los de cualquier animal de los que nosotros conocemos de la Tierra.

Maggae, la inglesa de pelo negro y ojos de un condensado violeta, experta en electrónica, especialmente en ordenadores y computadoras, opinó:

—Es curioso, pero algunas de las cosas que vamos encontrando en este mundo plantean problemas acerca de épocas remotas de la Tierra. Por ejemplo, se ha aceptado siempre que los hombres primitivos desarrollaron

el uso de instrumentos y de armas por su inferioridad respecto de los animales o de la naturaleza de que estaban rodeados. Pero ¿es cierto eso? Hemos visto cómo por el ejercicio del deporte los seres humanos van derribando marcas hasta lograr límites casi imposibles incluso para muchas bestias. ¿Por qué no podemos imaginar que en lucha contra el medio lo lógico hubiera sido que desarrollaran esas condiciones naturales y no recurrir a objetos, a artificios que los dejaban indefensos en cuanto no los tenían a mano?

—Como tú has dicho —replicó Vanglan—, es curioso, pero no significa que esto que hemos hallado aquí —y todavía más que estos Fungios, los seres del interior de las montañas— sean los antecedentes de una Humanidad. De todas formas, habría que reflexionar mucho sobre ello. Lo que sí es verdad, es que, si perdemos el dominio de las máquinas, estamos a merced de estos seres tan evolucionados físicamente. Y más aún, frente al desarrollo mental de los otros, los Tan Dolon.

Bajo esa impresión de contactar con el Tiempo en su diversificación de mundos en formación en todo el Universo, misterioso viaje hacia el origen o hacia el futuro, salieron de su improvisado refugio y se deslizaron por la bullente espesura hasta llegar a donde se había producido el encuentro con los Fungios.

Y observaron que los cuerpos derribados, con los destrozos de los rayos energéticos, habían sido colocados contra los troncos de una especie de cicádeas, de pie y sujetos por los cables vegetales que habían utilizado para intentar cazarlos. Aquello quizá no fuera sino una costumbre funeraria, pero Hipox se fijó en ciertos detalles.

—Atended —llamó la atención de sus compañeros—; estos cuerpos han comenzado ya a descomponerse, pero en realidad lo que hacen es germinar y desarrollar tallos como si estuvieran transformándose en árboles.

Era algo fascinante. Los anaranjados cuerpos, que ahora que los tenían cerca podían calibrar en toda su magnificencia atlética, tal y como les habían informado los Tan Dolon se reintegraban a lo vegetal de donde habían salido. O sea que la muerte los restituía al seno de la botánica, a todo el complicado y complementario proceso de las semillas, de las raíces, las hojas y las flores...

—Si no fuera porque me toco y siento, porque tengo la noción de la realidad, no dudaría en afirmar que esto es una pesadilla... que es una pesadilla cuanto se aparta del orden natural de nuestro mundo.

La voz de Colla estaba alterada por una intensa emoción.

—Sí; pero incluso en ese mundo nuestro existen cosas que se resisten a la razón.

—Yo pienso —dijo Hipox que examinaba con interés el fenómeno de mutación— que no hemos estudiado suficientemente en nuestros laboratorios esta relación entre lo vegetal y lo animal, tal vez porque allí

aparecen como totalmente diferenciados y con origen distinto. Pero hasta es posible que tuviéramos con ello la explicación de muchos fenómenos raros y hasta de algunas enfermedades...

Sin detenerse a especular más, reanudaron la marcha. Abandonaron el sector selvoso donde no habían hallado rastro de sus compañeros, y pasaron a la parte descubierta. Con los anteojos escrutaron en todas direcciones. La ciudad rodante se había perdido de vista.

—Tengo la impresión —declaró Vanglan— de que nuestros amigos han sido capturados. Y también de que esos Fungios, al acabar con los que nos perseguían a nosotros, han perdido el contacto y no saben que existimos. Es arriesgado, pero considero que lo mejor es regresar al bosque y avanzar por su interior, pegados a este espacio libre.

—Perderemos mucho tiempo así —objeto Hipox—. Si han caído en su poder, pueden estar en un enorme peligro. Propongo que utilicemos las “libélulas” y volemós hacia el punto por donde esa balsa en seco se fue.

—Yo también opino así —se unió Colla.

—Está bien. Emplearemos las “libélulas”, pero iremos pegados a la selva donde siempre podremos refugiarnos.

Inmediatamente pusieron en funcionamiento las paletas dorsales y emprendieron el vuelo hacia la depresión máxima del ecuador, paralelamente a la línea de los bosques.

Pero no tardaron en percibir a las colosales planchas arrastradas por los también descomunales miriápodos, ya que se habían juntado varias de ellas y se iban acoplando, componiendo una construcción de cientos de millas cuadradas. Se habían detenido no muy lejos de donde se alzaba otra muralla verde, pero que no era sino una última barrera antes de los pantanos.

Con sus “libélulas” los cuatro terrícolas se situaron al nivel de los más altos árboles y columbraron el panorama. Con los potentes anteojos pudieron contemplar en toda su extensión el cenagal, la inmensa hondonada llena de un légamo amarillento, en parte recubierto de arbustos de contorsionadas ramificaciones y unas como bolsas o cápsulas, que pronto revelaron su condición de nidos y que albergaban a unos repugnantes animalejos que saltaban sobre el barro y se deslizaban con rapidez sobre él, para entrar a continuación en las orillas y planear con sus membranas translúcidas por encima de cañas y juncos y posarse en las ramas y copas de los árboles.

Muchos de aquellos bichos intermedios entre aves y reptiles, con un anuncio de plumaje pero que semejabán polluelos con solo el pellejo y los picos dentados, se colgaron de sus patas cerca de donde estaban Vanglan y sus tres compañeros.

Incluso un par de ellos chocaron contra sus escafandras, lo que les provocó un movimiento de repulsión. Asco que creció cuando registraron

en toda su dimensión el mar de cieno, sobre todo en sus sectores limpios de vegetación. Porque se apreciaba que allí se creaban remolinos y burbujas que continuamente arrojaban raíces y troncos podridos con adherencias de carne también en descomposición, hasta trozos de cuerpos o cabezas de seres realmente escalofrantes.

De aquella poza hirviente podía esperarse que emergiera cualquier forma monstruosa. Y sobre toda la superficie, rebasando sus límites, el manto sulfuroso, la pesada atmósfera pestilente.

Sin embargo, lo que preocupaba a los humanos libres era la concentración de los tinglados de maderas y la actividad de los anaranjados individuos que pululaban sobre ellas. Reconocieron unas tiendas redondas y a su alrededor unas plantas sobre las que cuadrillas de Fungios vertían unos polvos o materia triturada. Y aquello producía unas emanaciones similares al humo de pebeteros naturales. Y los mismos cuidadores de esa fumigación abanicaban con unas hojas, para que el incienso o la sustancia que fuera penetrara en los recintos contruidos de fibras.

—Seguro que ahí están las Diosas-madres de que nos hablaron los Tan Dolon —indicó Hipox.

—Sí. Y en aquella otra que parecen haber levantado recientemente han encerrado a nuestros amigos. Fijaos en sus escafandras y trajes con los aparatos que han amontonado a un lado.

Todos miraron hacia donde señalaba Colla. En efecto; en aquel punto se hallaban las máquinas y las vestimentas de Okala, Larkin, Ulma, Rengo Tayra y Gropius. Sorprendieron algo más y fue la guardia que los Fungios montaban junto a la tienda, cerca de la cual habían puesto también las plantas que sometían a igual cuidado.

—¡Pero no podrán resistir sin sus escafandras en esa atmósfera! —exclamó Maggae—. Debemos atacar inmediatamente y...

—Calma —recomendó Vanglan, que era el único que no la perdía—. O mucho me equivoco o ese riego que hacen sobre los vegetales que han situado alrededor de las tiendas debe generar una purificación del aire. ¿Por qué, si no, iban a ventilar con esas hojas? A las diosas-madres debe ocurrirles algo semejante, que no pueden soportar esa atmósfera viciada.

—De todas formas, están en peligro —insistió Maggae.

—Yo diría que de momento no. Y hay algo muy importante y que convendría que resolviéramos. Si miráis con atención, veréis que esos Fungios, como ya nos advirtieron los Tan Dolon, se comunican con un sistema de señales visuales, de gestos de las manos y contracciones y visajes faciales. Propongo que tratemos de descifrar con nuestras computadoras ese lenguaje.

Y se aplicaron a esa tarea.

CAPÍTULO 6

DICEN que los misteriosos seres que han logrado coger y encerrar, privados de sus raros revestimientos, son enviados especiales de Lodagón, el gran omnipotente del pantano, que procura todos los cambios de la materia y ha hecho posible que ellos hayan logrado derrotar a los señores de antes...

...El Sumo Chamán consultará con los mensajeros aéreos de Lodagón para conocer cuáles son realmente sus intenciones... pero ya puede adelantar que los prisioneros servirán para realizar el gran proyecto de cortar definitivamente la dependencia con Rafur Varin (debe ser el mundo de la selva).

...Solo la mujer de piel oscura tendrá que ser sacrificada. Es un aviso de con quienes no deben juntarse los Fungios. Debe ser un demonio hostil a Eroth, el gran padre de las alturas, hijo de Maxol, el ojo del infinito.

...Se aproxima la fecha de la unión del padre y el hijo y con ella la fiesta de la Fertilidad. Las diosas-madres danzarán para atraer sobre sí el polen benéfico y reproducirse hasta que Lodagón les conceda el poder ser madres de los Fungios...

...Ese momento está cerca y la prueba son los seres capturados. La mujer rubia y el pelirrojo y los de pelo negro se entregarán a Fungios, varones y hembras distinguidos, pues quizá ellos sean los progenitores de una nueva clase, la respuesta que esperan de las diosas-madres.

...Junto con la negra se sacrificará al hijo menor del Gran Chamán, quien se rebeló contra los designios de Lodagón y fomentó un levantamiento para derrocar el poder de los chamanes...

...La fiesta tendrá lugar dentro de seis vueltas de Eroth y para el festín de Lodagón tendremos que reunir todas las cosechas de Glarios. Ya sabéis que la vez pasada no quedó satisfecho del todo y nos exigió el sacrificio de miles de los nuestros...

...De todas formas le entregaremos con la negra y Ron Varin a cuantos

han discrepado de nosotros, los chamanes, o han creado problemas a la comunidad...

La transcripción de aquel lenguaje visual en las computadoras de los expedicionarios de la Tierra fue relativamente fácil debido a las referencias a los objetos y seres. En cierto modo era igual que descifrar los jeroglíficos egipcios, solo que allí se realizaba el idioma en vivo. Y para demostrar la relación que podía existir entre unas señales y otras, también los Fungios grababan en unas tablas lo que deberían ser los cronicones de su historia y por el procedimiento de reproducir figuras y hacer combinaciones con ellas.

—¿Cuándo surgió la necesidad en los hombres de fijar lo que hablaban —meditó en voz alta Vanglan— por medio de una escritura? Ahí tenéis una explicación. Y algo que corrobora la teoría de que, al principio, los seres pensantes no necesitaban del lenguaje sonoro.

—¿A qué te refieres, por qué dices que eso que hacen los Fungios demuestra cómo se realizó ese paso de lo hablado o transmitido por gestos a la escritura?

—Yo sí lo entiendo —intervino Colla—. Precisamente porque era un sistema de señales visuales, para aquellos que no estuvieran presentes en un momento dado podía ser necesario grabarles el mensaje y utilizar para ello esas mismas imágenes, aunque abreviando y estableciendo signos convenidos. O sea, que eso que graban los Fungios es porque quieren que vaya a conocimiento de los que ahora no están ahí y no pueden enterarse directamente.

—Exactamente. Así se evita el tener que repetir una y otra vez el discurso, sobre todo aquel que sea de gran importancia.

Hipox saltó, con cierto enojo:

—¡Es admirable lo que explicáis y supongo que los investigadores de la lingüística en la Tierra os lo agradecerán! Pero nuestros compañeros están ahí prisioneros y tenemos que rescatarlos inmediatamente...

—Calma, calma, Hipox. Tenemos tiempo para ello. De momento no les va a pasar nada. Eroth tendrá que dar seis vueltas sobre el ecuador, o sea girar Afrod sobre sí mismo y eso significan unos diez días nuestros. Y no podemos precipitarnos, si de verdad queremos ayudarles. Ya hemos visto de qué forma anularon los aparatos que llevamos. Un error así y quedaríamos a merced suya para siempre.

Hipox tuvo que contener sus ansias, aunque no muy convencido. Pensaba en lo que estarían pasando sus compañeros, quizá convencidos de que ellos podrían estar muertos o prisioneros en algún otro lugar. Desprovistos de sus trajes y aparatos, sin posibilidad de comprender a sus captores o de defenderse frente a la superioridad física.

Y así era en efecto. En primer lugar, su sensación de impotencia al notarse cogidos por los tentáculos vegetales y aquel transporte vertiginoso

por entre los árboles hasta alcanzar la desmesurada pista emplazada junto al pantano.

Luego, al ser desnudados, sin que tuvieran ocasión de utilizar el dispositivo para crear la capa aislante antimateria. Y, por supuesto, aquella opresión en los pulmones al respirar la atmósfera a la que no estaban acostumbrados, la fatiga, como si fuesen peces fuera del agua. Y el no entender lo que se comunicaban los Fungios con su gesticular y guiñar rapidísimo.

La situación cambió algo al meterlos en una especie de tipo fabricado de fibras y hojas. Y colocarles aquellos incensarios naturales. Pudieron respirar normalmente.

—Confiemos —rompió Larkin el silencio que se había establecido en el grupo— en que nuestros compañeros hayan conseguido escapar. Si no es así...

—Vamos, no te rindas tan pronto —animó Rengo—. Tendremos que estudiar bien la situación y buscar la forma de resolverla por nosotros mismos.

—¡No sé cómo! Sin nuestros trajes, sin las máquinas... Somos como esos animales a los que se les priva de su caparazón o de sus uñas y dientes...

—Así es —Okala, que era la que más se parecía a los Fungios por su espléndida anatomía y la felinidad de sus movimientos, miraba hacia todos los rincones con intensidad rabiosa—. Estamos demasiado supeditados a los ingenios de todo tipo que hemos inventado. Si nos privan de ellos somos como gusanos...

—Yo diría que gusanos muy atractivos —le cortó el mexicano—. Al menos por lo que hace a vuestro sexo.

—¡Bah! No es la mejor ocasión para bromas de esas.

—No; es verdad. Pero ¿qué podemos hacer contra esos Fungios cuyos sentidos y fortaleza física nos supera en la proporción de cien a uno?

La pregunta de Tayra quedó flotando sobre las cabezas de todos.

—Admitido eso —Rengo era el que encendía la antorcha de la esperanza—. Pero ellos no son los Tan Dolon, con su predominio cerebral capaz solo con sus mentes de paralizarnos. Podemos estar seguros de que nuestro nivel intelectual es superior a estos hijos de la selva. Y si es así ¿por qué no vamos a encontrar algún medio para liberarnos?

—Esa es una pregunta capciosa —objetó Gropius, que, además de médico especialista en enfermedades espaciales, era un racionalista—. En primer lugar, porque no estamos en igualdad de condiciones. ¿Por qué dado que eres un ser humano, provisto de razón, si te atrapa un pulpo gigante en el fondo del mar lo único que te vale para escapar es que seas lo suficientemente fuerte y hábil para ello? El cerebro importa un pimiento, si careces de los órganos o los instrumentos para que ejecuten los pensamientos.

Pero Rengo era un optimista por naturaleza y por convicción.

—No estamos atados. Dentro de este cuarto la atmósfera es respirable. Y no sabemos cuáles sean los designios de nuestros captores. Por lo pronto, no nos han eliminado. Nuestra primera tarea debe consistir en intentar comprender su lenguaje.

—Querrás decir sus muecas y manoteo.

—Eso es. Yo me he fijado en algunos de sus signos y he comprobado que no se basan en el sistema que emplean en la Tierra los sordomudos. Aquí son imágenes de cosas y lo que se podría tomar como ideogramas o significados de acción, prevención, etc., no palabras y los gestos para las letras con que formarlas.

—De acuerdo. Pero no sé cómo aquí encerrados podremos efectuar esa labor. ¿O esperas que vengan a darnos clases?

Si no a impartirles lecciones sobre comunicación visual, no tardaron en recibir la visita de unos personajes a los que adjudicaron la categoría de jefes o sacerdotes, mejor estos. Los Fungios en general no llevaban sino unos cortos delantales de materia vegetal, pero aquellos lucían unos faldellines, también compuestos por varias hojas cosidas, lo mismo que las bandas sobre sus tórax y unos altos gorros cónicos que eran otras hojas enrolladas. Aunque tales componentes botánicos estaban resueltos con extraordinaria maestría.

Eran tres y uno de ellos sobresalía por ser mayor su gorro. Ese fue el que se aproximó al rincón en que se sentaba Okala junto con Larkin. Pero el discurso que sin duda soltó tenía por destinataria a la negra. Sus acólitos corroboraban sus gestos y parpadeos o sonrisas con otros.

—No entiendo una palabra —dijo Okala. Y rectificó enseguida—: Quiero decir, un gesto.

Y realizó el a su vez expresivo de encogerse de hombros. En aquel momento se produjo un hecho que definitivamente aclaró la situación de los detenidos y su oportunidad de luchar contra los Fungios. Porque Rengo y Gropius decidieron que era la ocasión de intentar una confrontación.

Su idea era, puesto que de forma tan imprudente se habían colado allí, reducirlos entre todos y obligarlos a que les entregaran sus ropas y aparatos. Se lanzaron, pues, los dos hombres con ímpetu y cayeron sobre dos de los Fungios.

—¡Vamos! —gritó Rengo—. ¡Coged a ese otro!

Inmediatamente Larkin y Okala primero y luego Taura y Ulma secundaron la acción de sus compañeros. Pero casi con la misma celeridad reconocieron que era una empresa condenada al fracaso. Consiguieron asir los brazos y piernas de los tres supuestos sacerdotes.

Pero obtuvieron el mismo resultado que si hubieran retenido entre los dedos las drizas de velas sueltas en pleno temporal. Casi sin esfuerzo, con unas leves contracciones, los despidieron y voltearon. Eran unos músculos

tenso, elástico, semejantes a bandas de transmisión.

Pese a ello no se dieron por vencidos los terrícolas y, aunque aturridos, volvieron a la carga. Los otros apenas si se habían movido de donde se situaron desde el principio. Y volvieron a practicar idéntico juego. Unas sacudidas y los atacantes rodaron totalmente impotentes para conservar el equilibrio.

Esta vez se estuvieron quietos, asombrados y humillados. Los Fungios sin conceder al incidente importancia, reanudaron su mensaje. Y siempre apuntando hacia Okala, aunque de vez en cuando se dirigían a los otros.

—¡Oh, cesen en su maldita cháchara muda! —se exasperó Rengo—. No les comprendemos.

Subrayó sus palabras con una serie de ademanes. Estuvo claro que lo comprendieron. Porque el principal gesticuló más despacio. De todas formas, solo recogieron que Okala les resultaba algo extraordinario y pensaban tratarla como tal. Y que todos tendrían un trato muy especial dentro de algunas ceremonias que iban a llevar a cabo.

Salieron con el mismo aire de payasos. Y el grupo quedó silencioso y pensativo.

—Ya has visto las probabilidades que tenemos de combatirlos —habló Gropius—. Me ha causado la impresión de que ponía mis manos sobre un concentrado de tigres y leones.

—Sí. Reconozco que es inútil el querer vencerlos en una lucha... sin más medios que las manos. Pero lo importante ahora es traducir todo ese parlamento que nos han dedicado. Parece que aludían a unas fiestas y a que nosotros vamos a intervenir en ellas. Mas ¿por qué se dirigían especialmente a Okala?

Esta recibió el impacto de las dos mujeres y los dos hombres y observó que Tayra y Larkin denotaban preocupación. Declaró con frialdad:

—Yo creo que mi piel les ha impresionado. Las vuestras, aunque no con ese color anaranjado brillante, están más o menos en su gama de color. Pero yo soy lo opuesto, la negación de a lo que ellos rinden culto: la luz. No me extrañaría nada que pensaran que soy algo así como un espíritu infernal.

Realmente todos se habían dado cuenta de aquello. Y Okala, con su poderosa inteligencia, había interpretado igual que sus compañeros la arenga que los tres Fungios les habían lanzado. Determinados gestos no dejaban lugar a dudas. La habían elegido para ser sacrificada a la deidad o poder superior al que se creían ligados.

Le produjo un cierto repeluzno el lamento de Ulma:

—¿Y Vanglan y Colla... Hipox y Maggae? Todo irá bien si ellos consiguieron escapar y pueden ayudarnos.

Naturalmente que de aquello dependería, en parte, el que pudieran escapar. Pero tampoco iban ellos a renunciar a seguir estudiando cualquier

posibilidad que se les presentase.

—Si no estuviésemos en estas circunstancias —expuso de repente Larkin, que no olvidaba su carácter de antropólogo—, sería curioso investigar el porqué de ciertas fases en la historia de los seres racionales. Por ejemplo, según lo que nos contaron los Tan Dolon en el interior de las montañas y lo que estamos viendo, estos Fungios están dominados por los Chamanes, los intérpretes de lo desconocido y de las fuerzas ocultas. Pero ¿qué es lo que hace que un ser corriente se convierta en chamán?

Añadió, al no obtener ninguna réplica:

—Sería muy simple decir que los más listos inventan toda una farsa para aprovecharse de los demás. Y, sin embargo, no es menos cierto que si el grupo cree en esas fuerzas es porque sus sacerdotes le certifican de su veracidad. Pero ¿creen ellos realmente en lo que aseguran? ¿Y qué determina la credulidad o incredulidad de un sujeto? O mejor dicho, ¿cómo es posible que, si una cosa no es cierta, pueda tener y mantener durante siglos a una clase que la defiende y celebra ceremonias y actos, con los que se esfuerza en probar su autenticidad?

Rengo manifestó lo que opinaba acerca de aquel problema.

—Yo creo que la cuestión, a escala de estos Fungios, es fácil de explicar. Al no contar con respuestas científicas o de supremo y directo conocimiento —como en el caso de los Tan Dolon—, todo el grupo materializa sus dudas, ignorancias y terrores en unos poderes a los que asignan una arbitrariedad absoluta. Y de ahí derivan todo un cúmulo de revelaciones, de avisos sobre cuáles vayan a ser los designios de esos entes superiores. Y naturalmente necesitan delegar en algunos de los suyos para que, basándose en el material acumulado de tales señales, se encarguen de interpretarlas y transmitir las. Está claro que al principio es esa su única misión, y solo obtienen su dominio del mandato que le confiere el grupo. Respecto de los superiores están en el mismo grado de comunicación que el resto. Pero el hecho de que ese conocimiento de las claves se les reserve los convierte en una casta que procura perpetuarse. E invertirán los términos de la relación y se presentarán como designados por los propios superiores e investidos a su vez de poderes especiales. Pero está claro que la única fuerza de que disponen es esa aceptación de la sociedad. Lo que quiero decir es que, si ese grupo sobre el que se pretende ejercer el dominio le vuelve la espalda o deja de concederle crédito a ese supuesto Poder Superior, este se transforma en una muestra arqueológica o en un cuento para niños.

—Magnífica exposición —alabó Larkin—. Supongo que algo así será. Pero la pregunta clave es ¿de qué nos sirve a nosotros haber llegado a esa conclusión?

—Puede servirnos —remachó Rengo—. Si de algún modo pudiéramos demostrar que el único poder de verdad que representan los sacerdotes es

el propio miedo de sus seguidores, acabaríamos con ellos.

Propuesta que dejó en suspenso a todos sus amigos. ¿Cómo mil diablos iban a poder realizar una cosa así? Pero no tardarían en contar con un aliado para semejante operación.

CAPÍTULO 7

VANGLAN consultó con sus compañeros el plan que había ideado para liberar a sus amigos.

—No creo que sea difícil colarse por debajo de la ciudad de los Fungios, teniendo en cuenta que deja un espacio suficientemente grande como para moverse incluso de pie. Entonces, mi idea es que uno de nosotros haga esa incursión y busque el punto exacto de una de las tiendas de las diosas-madres. Con el “laser” puede entonces practicar un agujero y colarse allí.

—¿Y después qué?

—Ya oísteis lo que nos dijo el Tan Dolon acerca de que esa música que emiten periódicamente va dirigida a ellas y que, dentro de las limitaciones a que se encuentran sometidas, han conseguido mantener cierto contacto y hacerse entender. Nosotros, con las computadoras, podemos hacer que nos comprendan también. Y quizá decidan ayudarnos.

Hipox, Colla y Maggae masticaron mentalmente la proposición.

—¿Y si no lo quieren hacer? ¿Qué sabemos nosotros de la psicología de esas diosas-madres? —Hipox no estaba muy conforme con el plan—. Lo mejor sería atacar por sorpresa y en una pasada sacar a nuestros compañeros de la tienda, recoger sus “trastos” y retirarnos a cualquier lugar seguro.

—¿Estás seguro de que podríamos hacerlo... de que esos Fungios no cuentan con dispositivos de alerta y defensa capaces de anular el funcionamiento de nuestras máquinas? Ya visteis lo sucedido en la selva. Por otra parte, ese intento de atraer a nuestro favor a las diosas-madres no impide que hagamos lo que tú dices en el caso de que nos falle.

Todavía discutieron algunos aspectos del proyecto. Hipox acabó por reconocer que nada se perdía con probar y buscar la ayuda de las misteriosas criaturas aquellas, supermujeres, símbolos de lo absoluto femenino.

—Pienso que tú, Hipox, y Maggae debéis realizar el trabajo —decidió

Vanglan—. Nosotiros esperaremos vuestra llamada, confirmándonos que ha salido bien o que existen dificultades. Para ello, solamente tú, Hipox, debes penetrar en la tienda, mientras Maggae vigila en la parte inferior. Y la razón de que seas tú está en conexión con tú presencia. Después de todo, la persona que va a recibirte es una mujer.

Aquello no hizo mucha gracia a los dos designados. Aunque por su condición científica realmente habían superado muchos de los convencionalismos y taras de sus congéneres. Maggae no podía evitar el experimentar un conato de celos. Y en cuanto a Hipox que se le considerara un “semental” lo humillaba.

Pero comprendieron que en aquellos momentos era estúpido detenerse en semejantes escrúpulos.

—Está bien —admitió Hipox—. Visitaré a esa señora y trataré de explicarle el caso. Pero quizá convenga que, independientemente, te pongas en contacto con Brody y Landa y les prevengas de todo lo que pasa y de que estén preparados por si tuvieran que intervenir como último recurso. A lo mejor, los Tan Dolon se animan y deciden pasar al contraataque.

—Lo haré. Ya había pensado en ello.

Eligieron para introducirse bajo la plataforma rodante un extremo que parecía estar desierto de Fungios. Y volaron casi a ras de tierra aproximándose a la mayor velocidad. No tuvieron dificultad en alcanzar aquella parte. Y enseguida se deslizaron bajo el monumental armazón.

El techo estaba muy por encima de sus cabezas. Para orientarse en la sombra encendieron sus reflectores frontales. Y se les reveló el conjunto de rodillos y los espantosos ciempiés que se estremecían convulsivamente de tiempo en tiempo.

—Si poseen la misma condición de los terrestres —susurró Maggae a Hipox— segregarán también un veneno. Dado su tamaño habrá que aceptar que puede ser peligrosísimo.

—Sí. Tendremos que evitar el hostigarlos.

Recorrieron un trecho escudriñando con cuidado a su alrededor y procurando no rozar a los ciempiés. Cerca de la zona donde coincidían las tiendas de las diosas-madres se detuvieron y aguzaron todos sus sentidos al llegarle un rumor sordo, retemblante por delante de ellos. Sin poderlo remediar sus corazones latieron tumultuosamente.

Y enseguida se les presentó frente por frente la causa del ruido. Un enorme, horroroso animal con cabeza de perro o lobo con bestiales colmillos, ojos inyectados en sangre, feroces, pero insertados en un cuerpo redondo, largo, con una docena de patas que iban reduciéndose de tamaño, arqueadas, con garras poderosas.

Estaba claro que era el guardián, el cancerbero puesto por los Fungios contra posibles sorpresas. Solo que en aquel mundo carente de sonidos

para entenderse, la fiera únicamente emitía un gruñido amenazador y se disponía a lanzarse contra los intrusos.

Maggae fue la primera en reaccionar y utilizar el proyector de energía. Apunto a las ardientes pupilas y estas se apagaron de golpe y el corpulento dogo se desplomó sin el menor signo de vitalidad.

—Has estado oportuna, Maggae —alabó Hipox—. ¡Qué bicho más horroroso! Tendríamos que haber pensado que los Fungios no dejarían esto sin vigilancia.

—Quizá haya más de estos canes por aquí abajo.

—Sí. Habrá que extremar la precaución. De todas formas, son totalmente vulnerables a nuestras armas.

Continuaron su camino y pasaron junto al cuerpo del animal. Pudieron darse cuenta de su fortaleza y de aquella curiosa distribución de extremidades que deberían imprimirle una tremenda aceleración en sus ataques.

—¿Por qué los animales de la tierra solo tendrán cuatro patas?

—Supongo que por economía. Aquí, si te das cuenta, hay un derroche total de materia tanto vegetal como animal. Pero de todas formas sería curioso investigar el por qué ese número de miembros.

—Por supuesto que es más fácil para el cerebro coordinar los movimientos de esos pares que no de un número mayor. Pero quizá no sea esa una objeción demasiado seria —puntualizó Maggae.

Estaban bajo el sitio exacto que comunicaba con una de las tiendas de las diosas-madres.

—Regula la potencia del “laser” para que corte hasta el límite justo —indicó Maggae—, no sea que te lleves algún trozo de la... señora de ahí arriba.

Hipox contempló con una sonrisa irónica a su colega. Su reticencia estaba tan fuera de lugar en aquel sitio como un vestigio de noche, pero era imposible dominar ciertos sentimientos. Se encogió de hombros y procedió a la operación de practicar la abertura. Lo hizo limpiamente y sin esperar a más se izó hasta los bordes del pozo. Un estirón y asomó al interior de la tienda la cabeza. Comprobó que solamente estaba ocupada por la Tan Dolon y con otro esfuerzo se coló del todo.

La diosa-madre yacía sobre un montón de pieles y parecía dormir. Hipox la admiró suspenso ante la suprema armonía de aquellos miembros. En lo más recóndito de su mente se alzó una interrogante. ¿Por qué esa forma, por qué aquel triunfo de líneas que eran como la fórmula geométrica que proporcionaba la respuesta exacta al problema de la vida?

Aquel ejemplar era incluso más desarrollado y perfecto que el visto en el reducto de los Tan Dolon. Y como si a la ductilidad, belleza y energía del cuerpo se uniera un vigor distinto, agresivo, salvaje. Y la piel no era tan blanca, sino ligeramente tostada, rojiza.

Dio unos pasos en su dirección. Y entonces la diosa-madre se irguió bruscamente y enfocó al terrícola con unos ojos grandes, rasgados, de un intenso color verde. Durante unos segundos Hipox la contempló como alorado. Indudablemente su categoría de ser superior no era una exageración.

Aquel “humano” lo estaba mirando —¿desde qué punto del espacio y el tiempo?— y demostraba una superioridad que lo dejaba a él con una sensación de incapacidad, de estar privado de su verdadera dimensión. La noble cabeza con la parte superior prominente, coronada con el corto cabello, aunque rizado y suave, los rasgos perfectos conjugando una faz donde se reflejaba la inteligencia en su grado más excelso y todo el rico mundo de los sentidos, la sensualidad más refinada, exquisita.

Y la sublime obra del cuerpo con las medidas justas para la función que se le asignaba, de diosa del amor y madre de los racionales.

El terrícola repasó en su memoria ciertas estampas clásicas, las de los héroes griegos en su trato con los dioses del Olimpo, o con magas y embrujadoras, como Ulises con Circe. ¿Terminaría él convertido en un marrano?

Con una sacudida Hipox se sustrajo a su encanto. Y se apresuró a hablarle por medio del ordenador y con la música de los Tan Dolon. Le hizo un atropellado relato de cuanto había sucedido desde la arribada de la nave “Perforador Cero” al planeta Afrod.

—Hemos estado con los tuyos que nos han informado sobre lo que sucedió hace mucho tiempo y de qué forma los Fungios se apoderaron de vosotras...

—De nosotras no —le cortó la diosa-madre, revelando que sabía emplear aquel lenguaje y con un sonido vibrante, cargado de resonancias carnales—. Nosotras nacimos aquí. Y ellos, los Fungios, nos consideran las representaciones de lo más perfecto de Afrod.

—Pero tu mundo, la clase de seres a los que tú perteneces, son los Tan Dolon. ¿Acaso no has recibido su llamada? Sí, porque conoces el valor de estos sonidos.

—¿Y qué significa eso? Afrod y el Universo todo también son los Fungios. ¿Por qué los Tan Dolon tienen más derecho a la posesión de este mundo que los Fungios? ¿Qué sentido tiene que en un lugar escogido, ideal, viva una sociedad que se deleite mirándose el ombligo, en comunicación perfecta con una naturaleza privilegiada? ¿Y los demás? ¿Acaso no nacen y se dan cuenta de que existen? Incluso los monstruos tienen perfecto derecho a vivir, puesto que ellos no han elegido el ser así.

Era algo asombroso oír aquello. Y lo era porque el diálogo, la controversia mejor, se establecía entre pensamientos y culturas separados por millones de años. ¿O quizá, como ocurría con la distancia, aquello era falso y se encontraban tras la puerta solamente? En cualquier caso, Hipox

no podía negar la fuerza de la argumentación de la diosa-madre.

—Lo que dices puede ser verdad —admitió—, pero los que tuvieron que abandonar su mundo fueron los Tan Dolon, que ahora viven reclusos en la Cordillera de Cristal, y los Fungios les impiden salir de allí. Pero nosotros no tenemos nada contra los Fungios, sino que hemos venido porque creíamos que se nos pedía ayuda y para conocer y estudiar vuestra forma de vida. Al conocer vuestra historia pensamos que los Tan Dolon merecían regir este mundo, ya que son superiores mentalmente a los demás seres...

La diosa-madre estuvo un rato reflexionando. O eso creía Hipox. Después se despegó con aquellos ondulantes movimientos que el joven ya conocía y se puso en pie. Si medio tumbada impresionaba por la corriente de energía vital que brotaba de ella, la arrogancia de su estatuaría estremecida, el impacto de aquella soberbia escultura animada, donde cada pequeño sector adquiría una vida propia, provocó como una succión total del organismo del terrícola.

—¿Sabes lo que pretenden los Fungios de esos compañeros tuyos que han hecho prisioneros? El Gran Chamán me lo ha dicho. A la mujer negra la van a sacrificar, porque piensan así apaciguar a Lodagón y que el pantano no inunde la selva y la tierra seca. Y a los otros los aparearán con algunos de los suyos para dar lugar a unos nuevos seres que se liberen de la dependencia del mundo vegetal, ya que con nosotras no han podido lograr descendencia.

Hipox esperaba, convulso, irritado consigo mismo. Sabía que ella, la imponente diosa-madre, jugaba con él, lo estaba dominando con su predominio mental y sobre los sentidos.

—Pero vosotros podéis ejercer aquí una misión más destacada —reveló sus intenciones la diosa-madre—. Voy a confiarte ciertos secretos que no conocen ni siquiera los Tan Dolon, que solo nosotras guardamos en nuestros cerebros.

La paralización de Hipox se acentuó. Estuvo seguro de que le estaba haciendo presa de su cerebro.

—No nos retuvieron los Fungios, sino que nosotras no quisimos irnos con ellos. Solo un par consintió y eso por pura compasión. Pero nosotras sabíamos que los Tan Dolon estaban en plena decadencia, que ellos se habían separado de la naturaleza, que ya ni siquiera podían reproducirse directamente. Y que nosotras éramos las únicas que aún conservábamos el total conocimiento, la identificación con todas las fuerzas, nos sabíamos hijas del pantano, de la selva y a la vez de nosotras mismas, como la más alta encarnación de los dos mundos, el vegetal y el animal y aún del suelo, de las rocas y del viento.

Hipox, sin saber cómo, se iba acercando a la diosa-madre.

—Los Fungios están todavía dominados por el pantano y la selva de que

proceden. No pueden mezclarse con nosotras. Y ni siquiera servirá esa unión que pretenden con los tuyos. Pero entre vosotros y nosotras sí que cabe el dar origen a una nueva clase de seres racionales. Esa llamada de socorro que decís creísteis entender, es cierta. Los Tan Dolon se acaban; no volverán a regir a Afrod. Su condena a las tinieblas y su extinción allí es la consecuencia de su debilidad.

Ya estaba casi rozándola. Y pese a la escafandra y al traje protector sintió como un ardor terrible sobre su piel, tal como si irradiara de la de ella un calor quemante.

—Puedes despojarte de ese traje —le oyó—. Aquí dentro la atmósfera es adecuada para tus pulmones. Y no te preocupes por tu amiga; no le pasará nada. Esperará ahí abajo todo el tiempo necesario.

O sea, que lo sabía todo. Hipox hizo un último esfuerzo para arrancarse de su seducción, de aquella caída hacia su centro, pero no le obedecieron sus brazos y piernas. Y, sin embargo, con lentitud fue despojándose de su revestimiento. Primero de la escafandra, luego de los otros aparatos y del traje.

Y quedó inerte, a merced de la maravillosa criatura, que lo envolvió con sus brazos y piernas, lo hundió en un remolino donde giraban locamente todas las formas conocidas y cuantas combinaciones posibles se pudieran concebir.

Y al mismo tiempo que aquel vértigo de voluptuosidad, la notaba como un entrañable cuerpo humano, con la larga suavidad de sus cálidos muslos, las redondeces resbaladizas de sus senos, el cojín palpitante de su vientre.

Pese a la anulación de su ser, a que era como un muñeco, en su conciencia se encendió una lucecita de alerta. Comprendió que habían tropezado con algo que no esperaban.

Y estaba claro que las diosas-madres no eran unos seres pasivos, sino todo lo contrario; que eran ellas, en cierto modo, las que mandaban, las que iban a determinar el curso de los acontecimientos. Ellas manejaban a los Fungios y también a los Tan Dolon.

Y si buscaban generar a unos nuevos racionales, era para contar con los elementos precisos que satisficieran sus apetitos, que pudieran seguir conservándolas en su papel de reproductoras y dispensadores de todos los goces.

Porque al menos aquella con la que Hipox se unía era como un hueco en el Cosmos, un punto negro, insaciable, una devoradora que trataba de convertirlo en un despojo. Y cuando lo soltó —porque ya no le servía— el científico sirio se desplomó en un rincón y allí estuvo hasta que notó que le iban volviendo las fuerzas.

La diosa-madre se había dejado caer también sobre sus pieles y reposaba. Pero era un reposo de digestión, de transformación química de la energía recibida.

—Vuelve y dile a tus compañeros —transmitió— lo que te he explicado. Las diosas-madres os ayudaremos siempre que accedáis uniros a nosotras y a formar una nueva clase de racionales que gobierne a todos los demás.

Con la mente revuelta, lleno de confusión, Hipox recobró sus prendas y se las puso. Y se descolgó por el agujero practicado, cayendo junto a Maggae que montaba su guardia. Lo miró interrogativamente. Y pronunció algo asombroso:

—¿No estaba ahí? Apenas si has estado dentro un par de minutos.

CAPÍTULO 8

A Ron Varin lo entraron con las manos atadas a la espalda. Y no con unas ligaduras normales, sino un nudo vegetal que tan solo con un instrumento cortante podía quitarse. Lo colocaron junto a Okala. Los conductores eran los mismos que estuvieron la vez anterior. Y repitieron su número de gestos y guiños. Con unas risitas desaparecieron.

—¡Partida de macacos! —gruñó Rengo—. ¿Y quién será este inquilino?

Apuntó al Fungi que los miraba con intensidad y que puso en juego sus músculos faciales y sus párpados. Okala le indicó que fuera despacio, pero la imposibilidad de utilizar las manos hacía muy difícil el que lo entendieran.

—¿Y si le enseñáramos nosotros a hablar? No, por supuesto, de un modo completo y total, pero sí lo suficiente para entenderlo y que nos entienda.

La proposición de Larkin se acogió con entusiasmo. Y a partir de sus gestos fueron progresando con rapidez. Porque —y aquello era muy significativo— los seres racionales, como les sucede también a los monos en otro orden, están perfectamente capacitados para la mímica. Del “tú” y “yo”, nosotros” y “vosotros”, a determinadas acciones, “comer”, “pasear, levantar, coger, etc., pasaron a construir oraciones más completas. Y era extraordinaria la facilidad con que el Fungi asimilaba las lecciones.

Salvando el hecho de que este planeta encierra sorpresas como las plantasanimales y bichos de formas extrañas —lo que tampoco es tan extraordinario porque eso sucedió en la tierra en épocas lejanas—, para nosotros esto es similar a lo que debieron sentir los descubridores de América o de Oceanía: encontrarse con seres como ellos, pensantes, pero que desarrollaron otras lenguas y costumbres... y empezar a tender el puente sobre el tiempo y la distancia.

—Yo hablo de los sentimientos de los científicos —se revolvió Larkin—, que también los había en aquellas naves.

—Uno o dos. Y los indios se los comieron.

Cesaron en la tonta disputa para atender a su forzado huésped que adelantaba espectacularmente en su empleo del lenguaje hablado.

—Yo... Ron Varin... Varin selva madre... todos Varin...

—¿Por qué tú... preso?

La historia que pudieron ir sacándole poco a poco daba la razón a Larkin sobre la similitud de situaciones con otros pueblos y culturas de la Tierra. Porque era la eterna lucha del racional por liberarse del terror y de los explotadores que se valían de él para tener sometidos a sus semejantes.

Ron Varin era el hijo menor del Gran Chamán Rafur Varin. Y al contrario de sus hermanos o de los otros Fungios le gustaba interrogarse acerca del porqué de las cosas y tratar de hallar una explicación. Pronto se dio cuenta de que todo aquel cúmulo de ceremonias y de ritos que ponían en marcha los sacerdotes para aplacar a Lodagón o para conservar el favor de Eroth y Maxol no se basaba en nada serio.

—Ellos... no saber nada acerca de Lodagón... nunca ver...

Pero afirmaban que entendían a sus mensajeros, las repugnantes aves del pantano, y que podían entrar en relación directa cuando así lo desearan e invocar su protección o su cólera. Ron Varin habló con su padre y quiso hacerle ver la gran mentira que era todo aquello. Y que si ellos no se habían sustraído a la selva y al pantano era porque no habían querido buscar otro lugar donde asentarse y destruyeron, invadiéndolo de plantas voraces y de animales impuros, el espacio libre e ideal donde vivían los Tan Dolon.

Y que lo mejor era escapar de aquellos sitios. Lodagón no podría seguirlos, porque necesitaba el pantano para subsistir, y hasta era posible que se extinguiera por sí solo al no contar con quien lo alimentara. Los Fungios establecerían una nueva sociedad en un nuevo sitio donde no existiera la amenaza de la gran bestia y del caos de la selva.

Naturalmente el Gran Chamán rechazó semejante proposición, tachó de loco a su hijo y trató de demostrarle que si ellos existían era porque existía Lodagón y su suerte estaba ligada a la de aquel monstruo. Como Ron Varin se entercara, le conminó a borrar de su mente tales ideas. De no hacerlo tendría que adoptar medidas contra él. Ron Varin acabó por admitir que no conseguiría nada de querer convencer a su padre. Y entonces se dedicó a recorrer diversas ciudadesrodantes y hablar con los Fungios corrientes (se entiende que el hablar era visual). Muchos le creyeron y le prometieron su ayuda. Otros se horrorizaron y huyeron de su lado. Y, por último, los hubo que se apresuraron a denunciarlo.

Y allí estaba.

—Pero, ¿y las diosas-madres? ¿Ellas qué significan?

Ron Varin creía que estaban de acuerdo con los chamanes. Por otra parte, tenían un pánico enorme a Lodagón y los sacerdotes se valían de

ello para someterlas. Y entre el terror a la gran bestia y la esperanza de liberación a través de las diosas-madres, el pueblo Fungió se doblegaba también.

Para aliviar su opresión los Chamanes celebraban las fiestas de la Fertilidad, cuando se producía la conjunción de Eroth y Maxol y las diosas-madres danzaban y todos los Fungios entraban en una especie de locura colectiva, bailando y uniéndose entre sí y con las plantas que también participaban de la orgía.

La atmósfera se volvía sonrosada y llena de un poderoso estimulante erótico que proporcionaban unas flores, la “afrodisina”. Las barreras entre uno y otro mundo, el animal y el vegetal, se abatían. Y, por fin, culminaba con la salida del pantano de Lodagón y el desbordamiento del cieno que incluso penetraba por debajo de las ciudades y cubría toda la parte baja de la selva.

Era el momento de los sacrificios. Se echaban al pantano los “cerdos” cultivados en las plantas Glarios y de los que se alimentaban los Fungios mismos, y a los de su clase que habían cometido faltas o desobedecido las órdenes de los Chamanes.

—Tú... —señaló a Okala—... yo... otros muchos... seremos sacrificados. Y todo seguirá igual.

Así confirmó lo que ellos medio habían adivinado. Okala no pareció inmutarse. Pero preguntó:

—¿Y por qué yo? ¿Por el color de mi piel?

—Sí... color piel... enemigo Eroth... Luz.

Inesperadamente la negra se echó a reír, una risa dura, amarga. Resultaba que en la tierra hacía mucho que se había superado aquel perjuicio, que las guerras y luchas de tipo racial se habían extinguido e incluso se había probado que la negritud era debida a la exposición de la luz solar, como una protección contra ella. Y que si alguien podía lucir el título de “Hijos del Sol” eran los negros y allí, en Afrod, donde la luz era perpetua, volvían a condenarla por su piel oscura.

Gropius, más práctico, interrogó a Ron Varin sobre diversas cuestiones no bastante claras.

—¿Existe de verdad ese Lodagón?

Un repeluzno y una veladura en los claros ojos del Fungio le dieron la respuesta.

—El pantano... hierve todo... olas de barro enormes... su piel rojiza y verde... muchos ojos...

—Pero ¿lo ha visto alguien... entero?

Ron Varin denegó. Mas ¿qué otra cosa podía producir aquellas convulsiones en el pantano? Larkin quiso saber entonces si Ron Varin creía que contaban con alguna probabilidad de escapar. El Fungio les señaló a su desnudez, con solo la mínima prenda interior. Y a continuación, a sus

brazos inutilizados.

Pero Rengo, que llevaba un rato meditativo, no se contentó con semejante resignada respuesta.

—Escucha —procuró elegir las palabras más precisas—: si tú golpeas a uno de esos Chamanes con los pies ¿podrías derribarlo... desvanecerlo?

Tardó en comprender lo que le pedía el mexicano.

—Yo... golpear... ¡Sí, sí!... Yo más fuerte que ellos...

—Entonces, cuando entren, tú les golpearás con los pies. Y si caen, nosotros los retendremos mientras tú sales y recuperas nuestras máquinas y ropas... acompañado por uno de los nuestros. Con ellas cortaremos tus ligaduras y te ayudaremos a luchar contra los Chamanes y a liberar a tu pueblo.

—Sí, sí... Yo hacer... Entrar pronto... Traer comida...

Pero la ilusión de ser libres así tuvo que desecharse por el momento. Porque cuando entraron para traer la comida —los tres Chamanes que no parecían confiar en nadie más que en ellos—, les acompañaba una de sus raras criaturas mixtas.

Una araña del tamaño de un perro, pero cuyo cuerpo era una roja corola que se abría y cerraba mostrando un solo enorme ojo flotante en una mucosidad. Y las patas eran extensibles, envainadas unas en otras. De la parte inferior le brotaba un rabo o cola en espiral, pero que en realidad era como un ligamento o trompa que crecía y llegaba a cualquier punto.

Fue, con su grotesco y asqueroso balanceo, a situarse frente a Ron Varin y Okala. Y allí se fijó, escondiendo las filamentosas extremidades, con solo su aspecto de flor venenosa, asomando y escondiendo la pupila colgante.

Los encargados de su custodia comunicaron algo a Ron Varin y, acto seguido, se aproximaron a los otros prisioneros y con la fuerza imposible de contrarrestar se apoderaron de ellos y los sacaron de la tienda, dejando a la negra y al joven Fungio solos. La acción fue tan súbita y rápida que no les dio tiempo ni tan siguiera para una palabra de despedida.

—¿Dónde... donde los llevan? —inquirió Okala, venciendo el miedo que le inspiraba la planta guardiana.

Ron Varin le explicó, con su dificultosa expresión, que iban a ser obligados a emparejarse con Fungios del sexo complementario. El deseo de su pueblo, desde los tiempos en que vivían en la selva, era cortar su dependencia de árboles y plantas. Conocían la existencia de los Tan Dolon en un valle donde la selva no podía penetrar. Y que no estaban dominados por sus terrores, por la amenaza de Lodagón ni de ninguno de aquellos engendros híbridos contra los que continuamente tenían que combatir ellos.

Pero era inútil su esfuerzo en tanto que sus morfologías contuvieran una parte vegetal y llegado un cierto grado de desarrollo reapareciera y fuera la causa de su muerte. Por eso, cuando el cambio de posición de Eroth, que

hizo avanzar el pantano y todo el caos botánico y zoológico que comportaba, acabando con el refugio de los Tan Dolon y estos requirieron su ayuda, los Fungios se llenaron de alegría porque iban, por fin, a descubrir su secreto.

Pero aquello no ocurrió y los Tan Dolon se fueron porque no pudieron resistir la nueva atmósfera y el aumento de temperatura. Los Fungios les arrebataron a sus diosas-madres, aunque a Ron Varin le cabía la sospecha de que fue por decisión de ellas el no seguirlos a las montañas.

—Vosotros habéis llegado... en un momento definitivo... Fungios perdidas esperanzas...

Habían tomado la aparición de los terrícolas como una respuesta a sus continuas invocaciones. Aquellos seres extraños, surgidos de repente, estaban más próximos a su manera de ser y constitución que los Tan Dolon.

—Oye, Ron —Okala comenzaba a sentir simpatía por su camarada de infortunio—: ¿Y no os habéis preocupado por saber quiénes realmente somos y de dónde venimos? ¿Y el porqué de haber venido?

—No podéis ser sino seres formados por el concurso de Eroth y Maxol. ¿Qué puede haber más allá? Incluso para nosotros hasta hace poco el mundo se limitaba a la selva y al pantano. Los Chamanes han anunciado al pueblo que habéis sido creados por el Gran Caos verde y rojo que nos rodea y donde pueden existir otras grandes bestias como Lodagón.

—¿Y tú qué piensas de todo esto? ¿Crees que yo soy, de verdad, un demonio enemigo de Eroth?

Ron Varin la estuvo examinando con intensidad un rato. Luego, se fijó en la floraraña. Y formuló su opinión. Naturalmente que su conversación no se producía con aquella fluidez, sino a través de muchas interrupciones, repeticiones y detalles aclaratorios.

—No, no creo que seas ningún demonio. Pero yo no comprendo de dónde hayáis podido venir. Pienso que tal vez seas de algún lugar al otro lado de las montañas y que sois amigos de los Tan Dolon. Vuestra forma de comunicaros indica que a veces tenéis dificultad para utilizar nuestros gestos, porque os repartís por un terreno accidentado, que os impide veros con normalidad.

Okala se sorprendió de aquella deducción. Y sin mucha esperanza de que el Fungio fuera a entenderla le habló del universo infinito, de los astros que lo llenan, las distancias enormes y de que Afrod no era sino una minúscula mota en aquel conjunto. Y también de otro diminuto planeta llamado Tierra donde unos seres parecidos a ellos vivían de forma distinta, esforzándose durante miles de años en trepar por las paredes del pozo del conocimiento, del desarrollo científico, de la invención de las máquinas...

—¿Otros astros... infinito... estrellas... planetas...?

La negra bióloga se dio cuenta de que Ron Varin estaba asustado. Y

supo la razón. Los Fungios, sumidos en aquel caldo vital, generador continuo de formas, bajo la implacable luz de Maxol o de Eroth y a veces de los dos, no distinguían puntos brillantes en el cielo, solo aquellos dos discos de donde provenía la energía que regulaba los ciclos de su vida.

¿Y si no veían el firmamento, si no sentían la necesidad de ampliar sus sentidos fuera del medio en que se desenvolvían, cómo iban a concebir que hubiera algo más allá de los poderosos soles que rodaban por el cielo, ya que tampoco podían tener noción de la gravedad y de que era una esfera sobre la que se encontraban? ¿Acaso no tardaron miles de años, en pleno desarrollo cultural, los humanos en admitir una cosa tan evidente y rectificar absurdos como la astronomía ptolomeica que hacía de la Tierra el centro del sistema solar y de todo el universo?

¿Y cuántas cosas quedaban todavía por descubrir? ¿Cómo era la vida en los miles de millones de planetas donde podría originarse y qué relación existía entre el desarrollo de unos y otros? ¿Acaso el tiempo podía ser igual para los que contaran con millones de años de historia que para aquellos que estuvieran emergiendo de la sopa vital?

Y existían incógnitas aún más importantes. Por ejemplo: aquella planta que los vigilaba, mezcla increíble de vegetal y de insecto. Y las otras combinaciones que ya habían visto, los Krofans, los Glarios, los propios Fungios... y Lodagón. La razón, el conocimiento tendría a encerrarse en círculos, a rechazar cuanto no quedaba dentro de ellos.

Pero la verdad era que se caminaba a tientas, palpando en una inmensidad que sorprendía con su variadísimo muestrario de maravillas, con su inconcebible capacidad de contener mundos nuevos. Pero también era verdad que en el centro de todo estaba siempre el pensamiento, el ordenador del caos.

De pronto Okala se puso a explicar a Ron Varin algunas de aquellas dudas. Y, sin querer, lo trataba como a un niño perdido en un bosque impenetrable. Y con su palabra se le derramaba una enorme ternura, de calmarlo, de encenderle una luz distinta de esperanza.

Protagonizaban la escena repetida cientos de miles de veces, las de tantas víctimas de la incomprensión, de un pensamiento que no lograba romper el círculo de las apariencias, de moverse siempre en la sombra de los gigantes que, reales o no, se alimentaban de su propio terror.

Y sin importarle la mirada perversa, venenosa, de la arañaflor, se inclinó sobre él y lo enlazó entre sus largos, armoniosos brazos, lo besó con dulzura y, poco a poco, lo fue preparando, conduciendo a la cúspide de la aproximación de los cuerpos de donde surge la chispa poderosa que propaga el color, la forma, la luz.

Y hasta le parecía estupendo que pudieran ellos ser la pareja que diera origen a una raza de racionales más perfectos, más libres y dueños del Cosmos.

CAPÍTULO 9

CUANDO Hipox terminó de contar su aventura con la diosa-madre, sus compañeros estuvieron varios minutos en silencio, mirándolo y tratando de entender correctamente aquel suceso. Como le había sucedido al científico sirio, sus cerebros rememoraron los pasajes de la mitología en que los héroes se enfrentaban a dioses y semidioses.

—No habíamos pensando en esa contingencia. Y, sin embargo, era perfectamente lógica. Las diosas-madres pertenecen al mismo orden cerebral de los Tan Dolon, lo que significa que creen poder dominar a la naturaleza, si bien ya previnieron que sus esfuerzos se estrellan contra los Fungios y contra el mundo vegetal. Pero los Fungios las necesitan a ellas y ese es su poder.

—¿Qué haremos entonces? Quizá hayamos puesto en guardia a los Fungios, si es que ellas les avisan de que pretendemos liberar a nuestros compañeros.

—En mi opinión —decidió Vanglan— lo más conveniente es regresar a la Cordillera de Cristal y proponer a los Tan Dolon una acción conjunta.

—¿Te refieres a un ataque contra los Fungios?

—No. Me refiero a un ataque contra el pantano y ese mítico Lodagón. Si podemos probar que allí no hay sino un montón de detritus vegetales y animales y que la agitación del lodo se debe a la acción de la gravedad al conjuntarse los efectos de Maxol y de Eroth, todo el poder de los Chamanes se vendrá abajo. Y ello hará que nos acepten como a sus liberadores.

—Es un plan que encierra muchos peligros. En primer lugar ¿estamos tan seguros de que el tal Lodagón sea una falsedad?

Vanglan contempló con un poco de perplejidad a Colla.

—Aun cuando se tratara de un auténtico monstruo —expresó—, sería un monstruo normal, producto de su medio, pero sin ningún poder especial. Por lo contrario, un animal estúpido como han sido todos los

monstruos que nosotros conocemos. Y podremos eliminarlo. Todavía sería mejor que pudiéramos enseñarles a los Fungios su cadáver destrozado. Pero yo estoy seguro de que el tal Lodagón no es sino la explicación fantástica que se dan de determinados fenómenos naturales.

En realidad, aquello era lo mismo que había sucedido en la Tierra a través de un largo proceso. Los “finis Terrae”, los horizontes desconocidos habían encerrado espantosas amenazas, criaturas horrorosas, pero que después no eran sino nubes o viento.

—Es verdad lo que dices —asintió Colla—. Pero ¿acaso imaginábamos nosotros que encontraríamos las cosas que hemos descubierto en Afrod? Podemos pasar por ese desarrollo mental de los Tan Dolon, ya que también hemos experimentado en esa dirección y por las apariencias más o menos extrañas de algunos animales, mas ¿y esas formas mixtas, las plantas-animales con todas las combinaciones a que ello da lugar?

—Reconozco que es sorprendente e inquietante, pero puede tener una explicación científica. De hecho la tiene ya en nuestros laboratorios. Pero de ahí a creer que en el mundo haya seres fuera de toda normalidad, con poderes superiores a los conocidos, es absurdo por varias razones. La primera, que nada justifica su existencia, como no se justificaba la de los cíclopes o dragones, salvo por la ignorancia. La segunda, que comprende a todas las demás, porque volveríamos a conceder al Cosmos una dualidad, la de lo que es en sí y una supuesta inteligencia o conciencia diversificada de sí mismo. La inteligencia de todas las formas aparenciales que quisiéramos imaginar, o ni tan siquiera con ellas, sino como un simple Logos difundido por el Infinito.

Colla se calló. Su entrenado pensamiento científico le inclinaba a considerar esos razonamientos como definitivos. Pero su subconsciente, que arrastraba sedimentos de sus antepasados los incas, la hacía permeable a la penetración del terror, a la admisión de aquel cosmos maligno o benéfico.

—Pero ¿cuándo haremos eso? —Hipox dio por cancelada la discusión—. Es preciso actuar cuanto antes.

—Antes que nada volveremos a la Cordillera de Cristal y hablaremos con los Tan Dolon. Es preciso concertar todos nuestros esfuerzos. Y a que se nos unan Landa y Brody. Y, además, ese ataque sería mejor llevarlo a cabo desde “Perforador Cero”. La energía de sus proyectores es millones de veces superior a la de los nuestros.

No se alzó ninguna voz para replicarle. Así que emprendieron el vuelo imprimiendo la mayor velocidad a las “libélulas”. Recorrieron la distancia y la visión del planeta volvió a pasar bajo sus ojos, con su atmósfera amarillenta, con sus montes morados y sus rebaños de animales de pesadilla.

La entrada al interior de las montañas estaba cubierta de nuevo por la hiedra armada de cabezas de bestias carnívoras. Los “lasers” limpiaron aquel hueco con la misma eficacia que la vez anterior y los cuatro terrícolas se introdujeron en el largo túnel.

No tardaron en encontrarse con los Tan Dolon y con Landa y Brody. Expusieron brevemente cuanto había pasado.

—La única forma de sacar a nuestros compañeros de allí es haciendo de forma que esos Fungios tengan algo importante de qué ocuparse.

—Lo que has contado acerca de lo que piensan las diosas madres es desgraciadamente muy posible —manifestó el Tan Dolon jefe—. Ya temíamos que se apartaban de nosotros. Pero su fuerza es muy considerable y su ascendiente sobre los Fungios tremendo. Ellas quizá piensen que pueden conjurar el peligro de Lodagón.

—Justamente nuestro plan consiste en demostrar que ese monstruo no existe, en atacar el pantano y desecar la parte donde se supone que reside.

Los Tan Dolon estuvieron un gran espacio de tiempo callados. Y cuando el portavoz se decidió a utilizar el idioma aprendido, con aquel roce metálico de su garganta, se notaba su preocupación.

—Nosotros jamás vimos a Lodagón. Quiero decir nuestros antecesores, cuando vivíamos en los valles. Pero ellos jamás dudaron de que existía. Su presencia, cuando salía del lodo, se notaba incluso allí. La atmósfera cambiaba y había efluvios venenosos.

—¡Pero eso es completamente estúpido! Es posible que se trate de un reptil enorme o de una serpiente mil veces mayor que las corrientes. Pero su fuerza no reside más que en el tamaño. No tiene ni mayor inteligencia ni poder alguno excepcional.

—Puede que estéis en lo cierto. Pero nosotros hemos desarrollado nuestro pensamiento y hemos tratado de comprender cuanto nos rodeaba, flores, animales, rocas, la luz y el agua, y nos sabíamos compuestos de sus propios elementos, como un resumen del conjunto. Por lo que yo os oigo contar, para vosotros la Tierra en que vivís es algo ajeno, no os identificáis con ella, sino que os sentís como si la hubierais invadido, como si un buen día os hubierais encontrado allí por casualidad, no como si la Tierra y vosotros formarais un todo. Pero nosotros sabemos que somos Afrod.

—Eso está muy bien y quizá merezca que se reflexione sobre ello. Pero ¿qué tiene que ver con la posible existencia de Lodagón?

Hubo otro silencio. Decididamente algo no funcionaba.

—Porque si un astro, un planeta, puede desarrollar a unos seres como nosotros ¿por qué no puede crear otros a escala distinta, que puedan incluso ser ellos mismos o una gran parte de ellos? Nosotros hemos sido así porque la naturaleza se armonizaba de forma que nuestros sentimientos

tan solo nos inducían a la pasividad, que no nos obligaba a desarrollar agresividad alguna. Pero no nos parece imposible que hubiéramos podido crecer en otro medio y entonces aparecer para los demás como unos genios malignos.

—En cualquier caso la razón puede diagnosticar lo que es bueno y lo que es malo.

—No. La razón diagnostica lo que es conveniente para la supervivencia y lo que es nocivo. Y es fácil confundir entonces los conceptos de lo bueno y lo malo. ¿Acaso si tu organismo te exigiera que comieras la carne de tus semejantes pensarías que era malo hacerlo? ¿Por qué clasificamos a las plantas y a los animales en agradables y repugnantes? Una araña o una serpiente venenosa tienen la misma razón de estar vivas que nosotros.

Indudablemente todo aquello era un puro regodeo mental. Vanglan estaba impaciente. Quizá fuera verdad lo que argumentaban los Tan Dolon, pero su pensamiento científico, racional, lo rechazaba.

—Pues de todas formas —afirmó— nuestro plan es lo único que cabe hacer. Y así saldremos de dudas. Si ese Lodagón es una realidad tendrá que revelarse como tal. Y si no lo es, el misterio quedará aclarado.

Los Tan Dolon no se opusieron más. Incluso se ofrecieron a salir y ayudar en lo que pudieran. Ellos, operando con la mente sobre sus organismos, podrían recuperar la visión en cuestión de horas, una vez en el exterior. Pero se les notaba como desorientados, nerviosos. Y aquello sin duda era por lo de enfrentar a la gran bestia.

* * *

Los humanos ascendieron a la cumbre de la cordillera y comprobaron que la nave estaba en perfectas condiciones. Y contemplaron aquel espectáculo de los picos y paredes rocosas refulgentes, así como todo el vasto panorama de Afrod con sus valles cubiertos de la neblina opalescente.

Y más allá, el cinturón de la selva y los pantanos o pantano único que rodeaba todo el ecuador del planeta, la ruta que seguía el segundo planeta o satélite, pero de categoría de astro con energía y luz propia, Eroth, alternando con Maxol, de forma que siempre estaba iluminado.

Penetraron en la nave y se dispusieron a partir.

—Escuchad —dijo sus últimas instrucciones Vanglan—. Poco antes de alcanzar la región del pantano, varios de nosotros descenderemos cerca de esa plataforma múltiple y ocuparemos unas posiciones lo más próximas posible. Esto es para que, al producirse la operación contra el lodazal, inmediatamente entre el comando en acción y rescate de las tiendas a los compañeros y libere a ese Fungio, Ron Varin, que puede ser quien encabece la revuelta contra los Chamanes.

Designó a Hipox y a Maggae para esa misión, por conocer ya el terreno. “Perforador Cero” arrancó. Estaba acondicionada para maniobrar como un avión corriente, sin necesidad de utilizar los propulsores atómicos que lo conducirían fuera de la atracción del planeta.

Enseguida estuvieron en las cercanías del punto de destino. La nave descendió y se puso casi a ras de la selva, utilizando su mecanismo de helicóptero para mantenerse el tiempo necesario hasta que Hipox y Maggae saltaron y se alejaron con sus “libélulas”.

Luego, emprendió el vuelo hacia el pantano. Y pronto evolucionó por encima de la ilimitada extensión del lodazal.

—Debe ser profundo como un mar —dijo Vanglan—. Necesitaríamos muchas naves para desecarlo en su totalidad. Pero sí podemos abrir un hueco lo más cerca posible de donde han instalado la ciudad, ya que es de suponer que sea el sitio en que se piensa yace el monstruo. Y así verán todos que solo contiene restos podridos.

Su fe en la ciencia y en que esta excluye cualquier sustancia que no se ajuste a sus principios continuaba monolítica. Colla, Landa y Brody no se sentían tan seguros. El aspecto de la zona era espeluznante.

Allí abajo, en la agrupación de ciudades de los Fungios, se distinguía la multitud de ellos que se preparaban para sus inmediatas fiestas y la consumación de los sacrificios. Habían erigido una tarima más elevada para el Gran Chamán y sus ayudantes. Todo estaba ya a punto y esperaban solo el momento en que la charca pestosa comenzara a hervir, a levantar las burbujas del tamaño de montañas.

—¿Crees que les dará tiempo a Hipox y Maggae para liberar a todos los compañeros y rescatar sus ropas y máquinas?

—Confío en ello. Imagino que la sorpresa y desconcierto de los Fungios cuando vean lo que de verdad se oculta tras esos fenómenos, los anulará por tiempo suficiente. Y ese Ron Varin y sus seguidores podrán tomar el mando.

—¿Y qué harán las diosas-madres?

—Pues tendrán que aceptar la nueva situación... por lo que les va en ello. ¡Atención!

Todos se alertaron. “Perforador Cero” se precipitó en picado hacia la parte elegida del pantano para batirla con los “lasers”. A través de las claraboyas frontales, entonces abiertas, vieron acercarse a la masa bullente, de color amarillento rojizo, por entre las nubes sulfurosas, los troncos y raíces que se agitaban en sus torbellinos. Se distinguían ya perfectamente las primeras burbujas que se hinchaban y estallaban como pustulas hediondas.

—¡Preparados! ¡Haced funcionar los “lasers”!

Los chorros de colosal energía partieron del morro del vehículo espacial. Su potencia era capaz de disolver a una montaña en décimas de

segundo.

Del pantano se levantó una vaharada de vapor que lo ocultó todo por unos momentos. Pero rápidamente se vio de nuevo el sector afectado. Y los ocupantes de la nave contuvieron el aliento y sus corazones saltaron con violencia dentro de sus pechos. Porque no eran restos de árboles y animales lo que quedó al descubierto.

Inconfundiblemente aquello era un ser animado, una especie de reptil, pez u ofidio, cuyo volumen era imposible de calcular porque parecía ocupar todo el fondo. Y se movía, comenzaba a emerger.

De golpe, con un sonido atroz de succión, apareció la cabeza y cuello de la “cosa”. Y era igual que si del corazón de un fruto saliera un gusano enorme. Porque en comparación con Afrod aquel monstruo era como un quinto de su tamaño.

O como la tenía que se enrosca en el intestino humano. Un macizo ingente de materia articulada, una tromba de piel fría escamosa rebasando los más altos picos, desenroscándose más y más, con bubones sanguinolentos por entre las placas que se cerraban y abrían, con hileras de ojos sin esclerótica, emitiendo destellos amarillos, verdes, rojos.

—¡Es... es...! —farfulló Vanglan—. ¡Nunca... nunca lo hubiera creído!
¡Ataquémosle!

La brusca entrada en el espacio de la gran bestia había originado olas gigantescas de barro que se arrojaron contra la línea de la selva y el lugar ocupado por la ciudad de los Fungios. Estos, aunque su sistema de comunicación fuera por gestos, dejaron oír un clamor terrible y se les vio correr en todas direcciones, hormigas bajo la amenaza de un pie que fuera a aplastarlas.

Hipox y Maggae, que esperaban la ocasión, pusieron al máximo sus rotores y ganaron la posición que buscaban en segundos. En tanto que crecía el griterío y las carreras, ellos irrumpieron en la tienda primera, donde habían localizado a sus compañeros. Pero allí solo estaban Okala y el Fungio rebelde. Y también la floraraña que se revolvió fulminantemente. Su larga apéndice se disparó y enredó el cuerpo de Hipox al tiempo que fluía un líquido grasiento y maloliente.

Pero Maggae le asestó su “laser” y el maldito bicho se achicharró y redujo a un montón de cenizas. Con igual celeridad corrió la científica inglesa junto a los prisioneros y liberó de su nudo vegetal las manos de Ron Varin.

—¡Pronto! —acució Hipox que se había quitado el sucio hilo de la alimaña—. Tenemos que hallar a los otros. Y rescatar las ropas y máquinas.

—¡Yo sé dónde están! —exclamó Ron Varin, sorprendiendo con su voz a los libertadores.

Salieron de la tienda. Y por unos instantes quedaron paralizados. Sobre

mis cabezas, sobre toda la ciudad y la selva, se cernía Lodagón. Y todavía no había sacado del pantano nada más que la parte superior. Pero no era el hecho de su enormidad lo que provocaba el miedo, sino la malignidad que brotaba de todos sus poros, la energía destructora, brutal y que llenaba todo el espacio a su alrededor hasta una distancia incalculable.

—¡No lo miréis, no lo miréis! —recomendó Ron Varin que fue hacia otra tienda. Hipox y Maggae lo siguieron, aunque con una sensación creciente de opresión en sus mentes, de que algo terrible se apoderaba de sus ideas.

Porque lo más espantoso del ser del pantano estaba en que pensaba. Su maldad no era la instintiva de la fiera, sino la de un “cerebro”, un “cerebro” que incluso podía comunicarse con el de ellos. Y que lo estaba intentando, que emitía descargas para apoderarse de sus centros nerviosos, de las células generadoras de la actividad intelectual.

Ningún Fungio se ocupaba de lo que ellos hacían, solo tratando de huir alocadamente. Pero se apreciaba que estaban también sometidos al factor aquel desquiciante, que los convertía en unos pensantes cada vez más erráticos, incapaces de hacer cara al peligro. Al llegar los terrícolas junto a la tienda que Ron Varin les había señalado, tuvieron que usar los “lasers” contra un grupo que se les echaba, frenéticos, empavorecidos, encima.

Pero allí estaban Tayra y Ulma y Larkin, Gropius y Rengo con otros Fungios que chillaban acurrucados en un rincón.

—¡Vaya! Justo llegáis cuando lo estábamos pasando bien —rezongó Rengo—. ¿Y qué sucede ahí afuera con tanto jaleo?

Ron Varin apareció con los trajes y escafandras y las máquinas.

—¡Vamos, vamos! —apremió Hipox—. ¡Hemos de alejarnos de aquí cuanto antes! ¡O nos destruirá!

Porque sentía que crecía la confusión, el desorden de su cerebro. Todos se precipitaron al exterior y contemplaron a la gran bestia. El oleaje de lodo golpeaba los cimientos rodantes de la ciudad y la desplazaba hacia atrás.

—Marchaos vosotros —dijo Okala revelando la decisión que había adoptado—. Yo me quedo aquí y correré la suerte de los Fungios.

—¡Estás loca! ¿Qué te pasa? ¿No te das cuenta de que...?

Callaron porque las exclamaciones, los lamentos de los Fungios se incrementaron. Y era porque Lodagón giraba e inclinaba la informe cabezota sobre aquella parte. Sus cientos de ojos se apagaban y encendían, y por debajo se escindían unas pueras hendiduras rezumantes, erizadas de triples filas de agudos y cortantes dientes.

“Perforador Cero” había cruzado por su lado, casi rozándolo y le había clavado los dardos de los potentes “lasers”. Pero la coraza que revestía a la carne aquella no presentó el más ligero rasguño. Por tres veces más lo atacó y con igual resultado.

Dentro de la nave empezaron a experimentar el efecto de desorganización y exaltación de sus mentes.

—¡Es horrible, pero ese monstruo está atacando nuestros cerebros! —gritó Vanglan—. Y parece como si quisiera decirnos algo... algo...

—¡Tenemos que alejarnos de aquí! —chilló también Ulma.

—¡Pero debemos antes recoger a los nuestros! —Colla, aunque presa de la misma excitación, no olvidaba a sus compañeros—. ¡Creo que ya han logrado liberarse!

La comunicación con el monstruo se acentuaba. Eran como visiones, deformadas, extravagantes, del mundo, rostros contraídos, inmensos desiertos, luces y sombras... Comprendieron que apenas les quedaba un resquicio para lo que se proponían.

Pero antes de que llevaran a cabo esa operación, sucedió algo que alteró la situación en que estaban metidos. Pudieron contemplar a las diosas-madres que habían salido de sus tiendas y se juntaban en un extremo de la plataforma. Y comenzaban a emitir la música de los Tan Dolon, suavemente al principio, cada vez más fuerte.

Y casi a la par aparecieron por el borde más alejado del inmenso tablado un conjunto de personajes fantasmales, pálidos, translúcidos, pero asombrosamente ágiles. Y unieron sus sonidos a los de las mujeres. Un horrísono concierto, una estridencia inaguantable, sobre todo para oídos que no soportaban el ruido.

Lodagón suspendió su acercamiento a la ciudad. Y se enderezó. Su fantástica mole se puso a temblar. Y apartaba la cabeza, balanceándola como tratando de impedir las notas aquellas.

Pero estas no paraban, iban en aumento. Y con unas sacudidas más fuertes, la gran bestia, por fin, se fue hundiendo, desapareciendo en el pantano, reintegrándose a su hábitat. Y su temblor era más convulsivo hasta semejar un tiritón febril.

Desapareció del todo, pero sus efluvios, el enrarecimiento de la atmosfera y los efectos de su aparición persistieron durante mucho tiempo. E incluso la locura aquella que había hecho que los Fungios solo fueran como pollos aterrados bajo la sombra del ave rapaz.

* * *

Los Tan Dolon se habían instalado en un espacio rodeado de plantas purificadoras. El gran Chamán y sus ayudantes habían sido aplastados por sus fieles en la huida que emprendieron y Ron Varin se sentaba ahora, satisfecho, en aquel consejo.

—Fue a las diosas-madres a las que se les ocurrió que el sonido era, quizá, lo único capaz de atemorizar a Lodagón y para lo que su naturaleza y su cerebro no estaban preparados. Y nos llamaron. Esto nos ha servido

para juntar de nuevo a todos los Tan Dolon y para recuperar el dominio sobre Afrod, pero no cometeremos el error de antes. Contaremos con los Fungios, ayudándoles y conviviendo con ellos, y también tendremos en cuenta a Lodagón y lo que representa.

—Pero él... Lodagón quiero decir... —balbució Vanglan, aún no repuesto de su impresión—. ¡Lodagón puede pensar, entiende!

—Eso parece. Razona, piensa, pero conforme a su ser. Y no cabe la menor duda de que ese pensamiento es contrario al nuestro, que él es la perversidad absoluta, pero solo en la medida que nosotros lo somos para él. Y es inútil que intentemos acomodar nuestras vidas, tratar de comprendernos, aunque podamos comunicarnos. Y es preciso someterlo y, sí pudiéramos, destruirlo, o él acabará con nosotros. Aunque también es posible que tengamos que aceptarlo donde está y admitir que es propio del planeta.

—Pero ¿quién... cómo es posible que la conciencia, el reconocimiento de sí mismo y de los demás... tenga esa apariencia, esa forma monstruosa? ¿No exige acaso la razón una correspondencia con un aspecto determinado? La belleza, la armonía ¿no es su envoltura y su expresión?

—¿Y por qué un ser deforme físicamente no puede pensar? Confundimos ciertos aspectos del raciocinio. Y la respuesta ya la hemos tenido: Lodagón. Ahí está, sepultado en el lodo, pero con un “cerebro” que oye, ve y entiende el mundo que le rodea. Quizá se sienta más completamente identificado con Afrod, quizá la conciencia del planeta, su organización física y mental, haya de ser así. Mundos encarnados en un solo ser, nutriéndose de su centro, producto de todas las combinaciones físicas y químicas. Incluso estructuras vivas totales moviéndose en el espacio como astros.

—¿O era todo un sueño en el que estaban sumidos? Pero ¿si la razón sueña monstruos, no indica que han de existir en la realidad? ¿No habría incluso un Lodagón de la misma especie agazapado en la entraña de la Tierra, el Satanás mítico, y las ideas perversas, siniestras, proceder de su influencia?

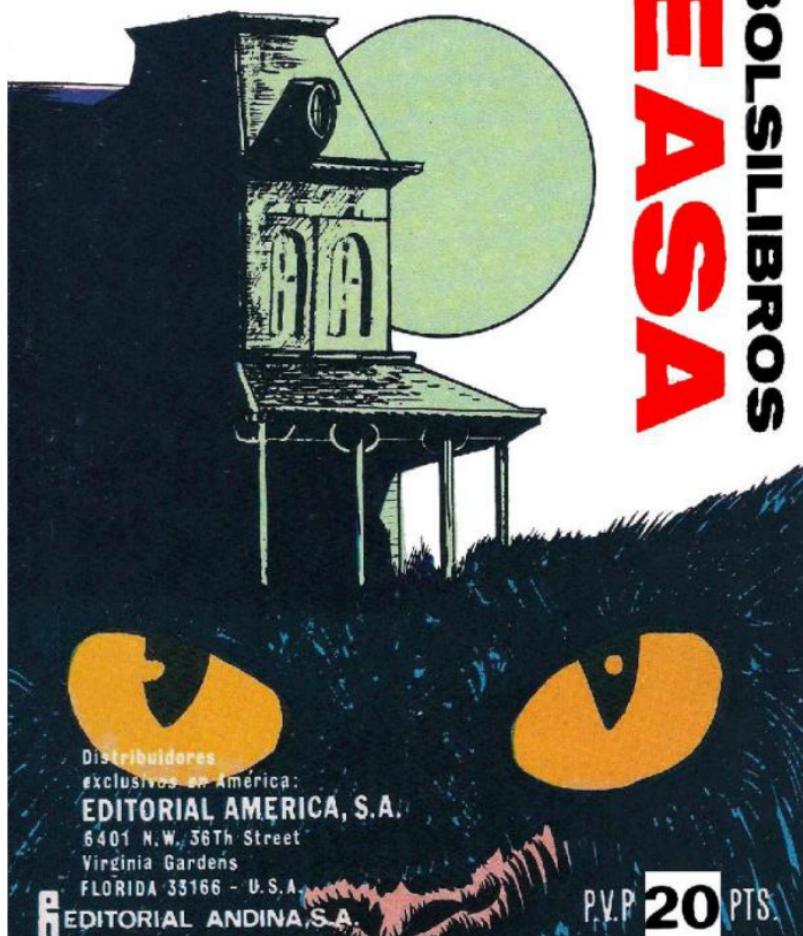
En cualquier caso sería necesario avisar a la Tierra para que lo supiera, que estuviera prevenida, ya que el terror podía bajar de las estrellas.

F I N

TERROR

Una nueva
colección
avalada por el
sello de
prestigio

BOLSILIBROS
EASA



Distribuidores
exclusivos en América:

EDITORIAL AMERICA, S.A.

6401 N.W. 36th Street

Virginia Gardens

FLORIDA 33166 - U.S.A.



EDITORIAL ANDINA, S.A.

P.V.P. **20** PTS.